

Olga Salar

Que se pare
el mundo
que me
bajo



Que se pare el mundo que me bajo.

Que se pare el mundo que me bajo.

© Olga Salar.

Primera edición: abril 2019

Diseño de portada: Munyxdesign.

Correcciones: Anabel Botella.

www.olgasalar.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

[Prólogo.](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo.](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras obras de la autora](#)

La práctica es un maestro excepcional.
Plinio el Joven.

Prólogo.

Susana miró a Almudena, su sobrina de dieciocho años, como si acabaran de crecerle tres cabezas, a lo hidra griega.

—¿Por qué hay tantas reglas? —protestó.

Almudena se encogió de hombros con total indiferencia.

—No lo sé, pero el caso es que es importante seguirlas.

—¿Por qué? —insistió ella—. ¿Qué ha sucedido con la naturalidad? ¿Por qué hay que seguir unas reglas arbitrarias para cada ocasión? —se lamentó.

—Porque son necesarias para que una relación funcione correctamente — y añadió con solemnidad—, son imprescindibles.

—Pero si todavía no hay relación que tenga que funcionar —se quejó Susana.

—En ese caso tienes que seguir otras normas completamente distintas. Estás en la fase de acercamiento —apuntó Almudena mirando con mala cara a su tía.

—¡Madre mía! Esto parece sacado de un documental de El hombre y la tierra.

—¿Qué es eso? —protestó—. ¡Aquí lo importante es que yo creía que ya tenías novio!

—¿Novio?! Con lo difícil que es encontrar a alguien que merezca la pena y tú quieres que me lo saque de la chistera como si fuera un conejo.

Susana seguía lamentándose cuando su hermano, y padre de Almudena, entró en el salón con una cazuela de comida en las manos.

Leo era el único hermano de Susana. Tenía once años más que ella, y hacía ocho que era viudo. Desde la muerte de Ángela, víctima de un accidente de coche, se había tenido que ocupar de su hija él solo, contando únicamente con la ayuda de su hermana y, eventualmente de la de sus padres, que, aunque pendientes de sus hijos, vivían en un estado de perpetuas vacaciones.

Desde aquel entonces establecieron la rutina de comer juntos cada domingo, sin importar lo que pudiera suceder alrededor, y nunca sin falta justificada, se rompía la tradición. El domingo era para la familia y los tres lo pasaban juntos viendo películas en el sofá y atiborrándose a palomitas de microondas.

Los progenitores de Leo y Susana, ya jubilados, se habían mudado al pueblo del que procedían y apenas visitaban a sus hijos, a la espera de que fueran ellos los que hicieran el viaje para verlos. Dada la poca población y lo

malas que eran las conexiones, ni siquiera Almudena se dejaba conquistar por su abuela para pasar con ellos el verano.

—No me parece tan difícil que encuentres novio —dijo Leo, que había estado al tanto de la conversación que mantenían las dos mujeres, y añadió con una sonrisa—. No es porque seas mi hermana, pero yo te veo muy guapa.

Almudena se rio exageradamente para hacer notar que no estaba del todo de acuerdo con el comentario de su padre.

—Almu, ¿de qué te ríes? —preguntó Susana fingiéndose molesta—. No estarás insinuando que no soy guapa...

—Mi padre cree que eres guapa porque sois iguales.

—¡Oye! Eso no es cierto. No nos parecemos en nada —se quejó el aludido.

—Tenéis los mismos ojos y el mismo color de pelo. Sois calcos.

—Tú también tienes los ojos como nosotros —apuntó Susana—, pero no eres ni de cerca tan guapa.

—¡Tía! —protestó con un lloriqueo.

—¡Es verdad! Eres mona, pero tu pelo no es tan bonito como el nuestro. Es... solo castaño.

—¡Tía! —Volvió a quejarse—. ¡Qué cruel eres conmigo!

Leo no dijo nada. Se limitó a sonreír al ver a Susana y a su hija pelearse. Prácticamente las dos se habían criado juntas, por lo que parecían más hermanas que tía y sobrina.

—Búrlate, búrlate. Ahora no te voy a ayudar con tus citas. Olvídate de que te dé consejos. —Y añadió con ensañamiento—. Soy demasiado fea para saber cómo funcionan estas cosas.

Susana saltó del sofá como un resorte y se dirigió a toda velocidad hasta el sillón en el que estaba Almudena toqueteando su móvil al tiempo que hablaba con fingido desinterés.

Con la idea de contentarla se sentó en el brazo del sillón y se abalanzó sobre su sobrina para abrazarla y besarla exageradamente.

—¡Eres preciosa! ¡Preciosísima! La niña más mona del mundo.

—¡No soy una niña! —protestó.

Susana se tragó la réplica no queriendo molestarla de nuevo.

—La chica más mona del mundo.

—Prefiero atractiva.

La jueza la besó con fuerza, tratando de vengarse de ella con lisonjas.

—¡Niñas!, la comida está en la mesa —las llamó Leo, divertido con la

cariñosa pelea de las dos mujeres de su vida.

Capítulo 1

Susana se quitó los zapatos de una patada, en cuanto entró en su casa, y soltó el bolso de cualquier manera en el suelo. El abrigo acabó sobre una silla un instante antes de tirarse despreocupadamente sobre el sofá.

Ni siquiera Tom, el gato pelirrojo, se acercó a saludarla, por lo que se llevó el brazo a los ojos como si no quisiera ver nada más, y dio un suspiro exagerado de derrota.

Tom era el único hombre que tenía en su vida ahora mismo, porque Leo no contaba como tal ya que eran familia.

Se lo había encontrado en la calle, helado de frío y desnutrido y se lo había llevado a casa. Era incapaz de pasar junto a un animal enfermo o hambriento y no hacer nada. De pequeña había llenado la casa de sus padres de toda clase de bichos, desde pájaros que caían de sus nidos hasta galgos abandonados cuando ya no servían para la caza.

Aun así, lo de Tom fue amor a primera vista. El mismo que había sentido por su tocayo, cuando con diez años había caído rendida por el primer amor. Y es que, aunque muchos creían que se lo había puesto por el gato de Tom y Jerry, lo cierto es que se llamaba así por Tom Cruise y su papel de brillante abogado que se resiste a ser corrompido en *La tapadera*.

Susana se estiró un poco más en el sofá y suspiró sonoramente.

¿Por qué era tan difícil tener una segunda cita con un hombre? ¿Y por qué en la vida real no había tipos como *Mitch McDeere*^[1], se preguntó. Guapos, honrados e inteligentes y, si los había, ¿dónde se escondían que ella nunca se los encontraba?

Llevaba un mes tratando de dar con algún caballero lo suficientemente interesante como para tener una segunda cita con él, pero de momento no había encontrado a nadie que mereciera la pena el esfuerzo. De hecho, los tipos con los que había salido eran de la clase de *una cita es demasiado para soportarla sobria*.

Tan mal le había ido que, incluso, se había planteado que quizá el problema era suyo. ¿Hacía las preguntas equivocadas? A lo mejor monopolizaba demasiado la conversación y por eso se aburría de ellos antes siquiera de llegar a tener una segunda.

O tal vez tenía los estándares demasiado altos y debía tratar de ser más realista con ellos. Eso debía ser, se dijo animada. Lo que tenía que hacer era estudiar el mercado y una vez tuviera una valoración de este, establecer unas

pautas de consumo sensatas. Vamos, que o trataba de conformarse con lo menos malo o iba a terminar más sola que la una. Que, aunque tampoco era un problema en sí mismo, estaba comenzando a fastidiarle llegar a casa y no tener a nadie con quien hablar ni a quien arrimarse cuando la cama estaba fría.

Incluso Tom estaba comenzando a cansarse de ella y solo la buscaba para que le llenara el cuenco de comida o le rascara la cabeza.

Con esa idea deprimente en mente se levantó de mala gana del sofá y se metió en el cuarto de baño para darse una ducha, ponerse el pijama y volverse a tumbar a ver si los cielos le sonreían y emitían alguna de esas películas románticas que parecían dar las claves para ser feliz en una relación.

Una vez en el sofá miraría en la agenda del móvil a ver dónde encargaba la cena. Estaba tan cansada que ni ganas tenía de abrir la nevera y prepararse algo.

Media hora más tarde le sonó el móvil mientras lo sostenía tras haber pedido la cena al restaurante chino de la esquina y sonrió al comprobar que era su amiga Lorena.

Parecía que la noche iba mejorando: comida rica y buena conversación.

—Buenas noches —la saludó— y te aviso que no preguntes —dijo antes de que su amiga lanzara la temida pregunta sobre cómo había sido la cita.

Lorena se echó a reír.

—¿Tan mal te ha ido?

—Ya te he dicho que no preguntes —se lamentó—, esto de comprar por catálogo es un desastre. El producto ofertado no tiene nada que ver con la realidad una vez que te lo traen a casa.

Susana se había descargado una aplicación para conocer gente y estaba quedando con hombres que según dicha aplicación eran compatibles con ella y tenían intereses comunes.

El problema era que, a la hora de la verdad, cuando los tenía cara a cara, la supuesta compatibilidad brillaba por su ausencia.

—Esto es como con las cremas para el cutis, hay que probar varias marcas y tipos hasta que das con la adecuado para tu piel —siguió Lorena usando también una analogía.

—Creo que el problema puede ser de inicio. A lo mejor no estoy enfocando bien las citas.

—¿Qué quieres decir?

—Que necesito práctica. Encontrar un docente, como en las películas,

rollo Will Smith, que me enseñe qué es lo que debo hacer para que haya una segunda vez.

—Estoy segura de que eso que buscas no existe.

—Cosas más raras se han visto.

Lorena tuvo el buen tino de no insistir.

—¿Por qué no hablas con Marcos? Ya sabes que él está muy al día con el tema —propuso Lorena, que tenía la sensación de que entre ellos había algo a lo que no le habían puesto nombre.

—Dudo que Marcos tenga más de una cita con la misma persona. ¡No me sirve!

—Es posible, pero no hay duda de que ha tenido muchas primeras citas y de que de todos los que conocemos es el más apropiado para darte consejos.

Susana negó con la cabeza, aunque Lorena no pudiera verla.

—¿Y Julián? ¿Me lo prestarías un par de días? —propuso con una sonrisa tan auténtica que se le notó en la voz.

Lorena no tardó en responder:

—Te quiero mucho, pero va a ser que no.

Capítulo 2

—¿Por qué me lo pides a mí?

Susana se encogió de hombros antes de responder.

—Intenté primero que Lorena me prestara a Julián, pero se negó a hacerlo.

—O sea, que soy tu segundo plato.

—No me convence que te compares con comida, pero supongo que puedes decir que sí, que eres mi segunda opción.

—¿Hay una tercera?

—¡Por supuesto! Si hay algo que se me da bien es valorar las opciones. Por ese motivo he hecho una comparativa por puntos de experiencia y hay dos candidatos más.

—¡Espera! —Pidió Marcos cayendo en la cuenta—. ¿Has puesto a Julián por encima de mí porque tiene más experiencia que yo? —sonó incrédulo—, ¿Cuánto hace que me conoces?

Susana pensó en cómo dar una respuesta que no la comprometiera a nada, pero no había manera de hacerlo.

—La experiencia no es el único factor a tener en cuenta.

Marcos arqueó una ceja y esperó a que ella se explicara.

—También he valorado la durabilidad de las relaciones y... —se calló al darse cuenta de que se estaba emocionando más de la cuenta y había estado a punto de meter la pata.

—¿Y?

—Nada más.

—Pero has dicho y.

—¿Lo he dicho? Me habré equivocado.

—Susana, si quieres mi ayuda desembucha.

La rubia suspiró sonoramente y se dio por vencida. Marcos era un abogado implacable cuando olía la sangre de su presa y ella misma se había herido hablando de más.

—También he valorado la conexión.

—¿La conexión?

Asintió.

—La conexión entre el maestro y el alumno —aclaró muy seria.

Ahora sí que había metido la pata por completo, se dio cuenta al ver su expresión, mezcla de sorpresa y enfado.

—¿Disculpa?

—No sé por qué te sorprendes. A ti no te he caído bien nunca.

Marcos abrió y cerró la boca varias veces, confundido y en blanco.

—¿De dónde has sacado eso?

Susana miró alrededor para asegurarse de que no había nadie escuchando su conversación, aun así, no se sintió segura. No tendría que haber abordado a Marcos en el juzgado, pero ese era el único sitio en el que coincidían, porque tampoco había considerado oportuno llamarle por teléfono para pedirle que ejerciera de mentor en el tema de las citas.

—¿Tienes tiempo para un café? —propuso.

—¿Estás eludiendo mi pregunta a propósito?

Susana negó con la cabeza.

—Estoy eludiendo responderla aquí, pero no tengo ningún problema en responderte en otra parte.

Susana pudo ver cómo Marcos pensaba en su respuesta y tomaba una decisión.

—De acuerdo, pero no tengo intención de olvidar que me la debes.

—Dame unos minutos que recoja mis cosas —se excusó para entrar en su despacho y coger el abrigo y el bolso.

Cuando salió Marcos seguía en el mismo sitio hablando con Carmen, pero, aunque parecía estar centrado en lo que la mujer le decía, Susana lo conocía lo suficientemente bien como para saber que seguía dándole vueltas a su conversación anterior.

—Ya estoy lista —anunció acercándose a ellos.

—¿Vais a alguna parte? —preguntó Carmen.

—Tenemos que hablar de la fiesta de cumpleaños de Lorena —mintió Marcos, que, aunque era cierto que había una fiesta, también lo era que el encargado de casi todo era Julián.

Contra lo que Marcos había esperado al decirlo, despertó la curiosidad de Carmen, la secretaria judicial.

—¿Sois amigos desde hace mucho tiempo?

—Nos conocemos desde la facultad —intervino Susana—, pero no somos exactamente amigos... —se calló al ver la expresión de Marcos y supo que había vuelto a meter la pata.

Carmen sonrió con picardía y Susana trató de no mirar a ninguno de los dos. Había ofendido a Marcos dos veces en menos de media hora; seguro que había batido algún record.

—¿No me digas que sois pareja o amigos con derechos? Que ahora eso se lleva mucho.

—¡Claro que no! Lo que quería decir es que Marcos y yo tenemos relación por nuestra amiga común, no porque seamos propiamente amigos.

—¡Vaya! Esa es la primera noticia que tengo —respondió Marcos mirándola directamente a los ojos.

Ya van tres, se lamentó Susana. Inconscientemente apretó los dientes, temerosa de que se le volviera a escapar algo más.

—¿Nos vamos? —pidió a la desesperada.

Marcos asintió y se despidieron de Carmen, quien se quedó con la sonrisa en los labios y la sensación de que había sido testigo de un momento especial.

Caminaron hasta la cafetería a la que solían acudir todos los abogados y jueces cuando estaban en el juzgado, en completo silencio.

Susana no se atrevió a decir nada por temor a crear un conflicto más amplio, y Marcos parecía ensimismado en sus propios pensamientos.

Se sentaron en una mesa apartada, aunque apenas había gente en el bar porque hacía tiempo que había terminado la hora del almuerzo.

—¡De acuerdo! —Fue el abogado quien rompió el incómodo silencio—. Te ayudaré, pero solo con una condición.

Susana parpadeó sorprendida porque se hubiera planteado la posibilidad de ayudarla.

—Gracias.

—No me las des tan pronto. No te he dicho todavía la condición.

No puede ser tan mala, pensó, aunque se abstuvo de decirlo en voz alta.

—¿Cuál es la condición?

—Dices que no somos amigos, a pesar de que nos conocemos desde hace ocho años —hizo una pausa y Susana se mantuvo expectante a lo que fuera a decir—. Vamos a solucionar esa parte. Te ayudaré, pero a cambio nos convertiremos en amigos.

—¿Y eso qué significa?

—Que vamos a comportarnos como tales. Saldremos a bebernos unas cervezas, hablaremos de nuestras cosas y todo lo que implica ser amigos.

—Pero...

—Es una condición inamovible, si quieres que te ayude con tu problema tienes que ser mi amiga.

Susana le miró molesta.

—No es exactamente un problema.

Marcos ni siquiera parpadeó.

—¿Lo tomas o lo dejas? No hay más opciones.

—¡De acuerdo! Lo tomo. —Aceptó con rapidez, por si él cambiaba de opinión. Tampoco podía ser muy difícil ser su amiga.

Llevaban ocho años siendo conocidos íntimos, el cambio no podía ser muy radical.

Él se esforzó en no reaccionar, por lo que su cara se mantuvo impassible.

—Perfecto, comenzaremos con este café e iremos improvisando en cómo convertirnos en los mejores amigos. —Sonrió tan ampliamente que Susana se preguntó si le dolerían las comisuras de los labios.

—¿Mejores amigos?

Marcos siguió sonriendo y eso alertó a la jueza de que solo era una pose. Fuera lo que fuera lo que estaba pensando no quería que ello lo supiese.

Capítulo 3

Tras dos días en que Susana no supo nada de Marcos, comenzó a plantearse recurrir a Leo en busca de ayuda. Puede que su hermano no estuviera muy activo socialmente hablando, pero era un hombre y seguro que sabía cosas importantes sobre los de su especie. Después de todo, se había casado, y durante años fue un hombre feliz al que su esposa adoraba.

Porque, aunque Almudena le había dado varias directrices, los conocimientos de su sobrina eran los de una niña de dieciocho años, que creía que los test de las revistas y las opiniones de sus amigas eran palabra de Dios.

Aun así, no había llegado a la desesperación completa cuando Marcos por fin llamó a su puerta, literal y metafóricamente hablando.

Estaba revisando documentos en su despacho, cuando unos golpecitos sonaron en la puerta. Inmediatamente supo que no se trataba de nadie de los que trabajaban habitualmente en el juzgado, porque ni Carmen ni el resto de los funcionarios se anunciaba nunca con tanta cortesía.

—Adelante —dijo alzando la voz para que su visitante la escuchara.

La puerta se abrió con cuidado y la cara de Marcos asomó por la arcada.

—¿Estás ocupada?

Susana se planteó dar una respuesta afirmativa, pero decidió que era poco inteligente sabotearse a sí misma, por lo que se limitó a negar con la cabeza y a apartar la documentación que estaba revisando.

—No, pasa, por favor.

Marcos sonrió con satisfacción y ella comprendió que fuera lo que fuera lo que le había llevado hasta allí no era para estrechar lazos, después de todo llevaba días sin mandarle un mísero mensaje.

—Siéntate.

—Gracias. He venido para concertar nuestra cita pendiente —dijo todo sonrisas.

Susana optó por dejarse camelar, a la espera de lo que sabía que iba después.

—¿Cita pendiente?

—Para las clases sobre citas. ¿Cómo lo tienes el jueves?

Ella hizo memoria de lo que tenía pendiente esa semana y recordó que tenía varias vistas preliminares el viernes, lo que significaba más papeleo que leer y revisar.

—Mal. El viernes por la mañana tengo mucho trabajo. El jueves no

puedo trasnochar.

Marcos arrugó el ceño.

—¿Entonces el viernes? El sábado no trabajas, así que no hay excusas.

—Me va bien —aceptó y esperó a que él pusiera sus condiciones.

—¿Tienes tiempo para un café? —inquirió sin delatarse—. Te dije que era condición indispensable que nos hiciéramos amigos.

—Lo recuerdo. —Asintió con la cabeza—. Vamos a por ese café.

Marcos esperó a que cogiera sus cosas y cerrara la sesión del ordenador con una media sonrisa en los labios. Desde siempre había sido un buen jugador. Lo era en la sala del juzgado y lo era con las mujeres, y aunque le molestara reconocerlo, Susana se había pasado mucho tiempo observándolo como para no saber que en esa sonrisa había gato encerrado.

La cafetería frente al juzgado estaba semivacía, lo que era extraño dada la hora. Se sentaron en la mesa que quedaba más al fondo.

La camarera se acercó a ellos con una sonrisa de oreja a oreja, que sin duda iba dirigida al abogado y, como era de esperar, este desplegó sus encantos con ella.

—No deberías hacer esas cosas —le recriminó Susana cuando volvieron a quedarse a solas.

—¿Qué he hecho? —preguntó confuso.

—Confundirla. Ahora debe de estar pensando que estás interesado.

Marcos la miró con fijeza.

—¿Y qué te hace pensar que no estoy interesado?

Susana le restó importancia a la pregunta con un gesto de la mano al tiempo que respondía.

—No hay duda de que no es tu tipo.

—¿Y cómo sabes tú cuál es mi tipo?

—¿Será, quizá, porque te conozco desde hace años?

—Es posible, pero según tú, no somos amigos.

Ella soltó una carcajada de auténtica diversión.

—¿Cuánto hace que me la has estado guardando?

Marcos hizo como si estuviera pensando en su respuesta.

—Desde que me lo dijiste. Dos días, una hora y trece minutos. —Le ofreció una sonrisa de las suyas—. Y sí, supongo que tienes razón, la chica es mona, pero no es mi tipo.

Susana se encogió de hombros.

—¡Lo sabía! Jamás te he visto con una rubia.

Él no dijo nada porque la camarera, toda sonrisas, regresó a la mesa con los cafés en una bandeja. Como si hubiera decidido aceptar sus comentarios, Marcos apenas la miró y no habló.

—Eso está mejor —felicito Susana—, ahora vayamos al grano, ¿qué estás tramando?

Marcos tuvo la deferencia de no fingirse ofendido y tampoco trató de negarlo.

—Me he metido en un pequeño lío y necesito tu ayuda.

—Si es ayuda legal Lorena podrá ayudarte más que yo. Ya sabes que...

—No es ayuda legal. —Estiró los labios y le ofreció otra de sus demolidoras sonrisas—. Es de otra índole más personal.

—¿Lo estás alargando para darle misterio al asunto?

—Lo estoy alargando porque no sé cómo decirte que necesito que me ayudes a deshacerme de ciertas atenciones no deseadas —dijo por fin.

—¿Te están acosando?

Achicó los ojos y negó con poca convicción.

—Hay cierta... persona...

—Mujer, querrás decir —interrumpió ella.

—Hay cierta mujer que no acepta que lo que tuvimos se ha terminado.

—¡Entiendo! ¿Y necesitas que hable con ella? Supongo que esperas que mi cargo de jueza le imponga —especuló satisfecha consigo misma.

Ayudar a Marcos a cambio de que él hiciera lo mismo por ella era lo mejor que le podía haber pasado. Así no tenía que sentirse en deuda con él y eso simplificaba un poco las cosas, incluidos sus sentimientos encontrados.

Marcos le lanzó una mirada estupefacta.

—No, lo que quiero es que finjas ser mi novia.

Susana no mostró ninguna emoción al escuchar la petición.

—No va a colar. Si te conoce un poco sabrá que es imposible que yo sea tu novia.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque tú no eres de novias y en segundo lugar porque yo no soy tu tipo.

—¿Ya estás otra vez con lo del tipo?

Susana se encogió de hombros.

—Sabes que tengo razón.

Marcos se inclinó sobre la mesa para acercarse a ella y mirarla con fijeza antes de hablar.

—¿Y si en realidad eso que tú llamas mi tipo no es lo que busco para una relación seria? ¿No es posible que huyendo del compromiso haya evitado deliberadamente al tipo de mujer que verdaderamente me atrae...?

Aunque se obligó a no apartar la mirada de él, tuvo que concentrarse en respirar pausadamente para no demostrarle a Marcos la agitación interna que sus palabras le habían provocado.

—Reconozco que ha sido un giro digno de un abogado de tu categoría —dijo ella con la intención de desviar la conversación.

Marcos sonrió con picardía.

—¿Verdad que sí? —se jactó.

Horas más tarde, sentada en su despacho con una pila de papeles por leer, Susana se preguntó qué habría de verdad tras las palabras sobre su afán de huir del compromiso.

Capítulo 4

Leo se paseó por los pasillos del supermercado viendo qué podía coger para no salir con las manos vacías.

Había hecho la compra el día anterior, y no tenía necesidad de nada, estaba allí por otro motivo, lo que le ponía más nervioso todavía.

Nunca había sido de los que persiguen a las mujeres. Ni siquiera con Mercedes, su esposa, había sido capaz de actuar así.

De hecho, había sido ella la primera que se acercó a él para invitarlo a cenar cuando se conocieron en la universidad. Desde ese momento ya no se separaron, y Leo siempre se quedó con la sensación de que de no haber sido por ella su vida habría sido muy solitaria.

No obstante, muchos años después, ahí estaba de nuevo, buscando una excusa para hablar con Julia, su primer amor. La chica con la que había pasado gran parte de su niñez y de su adolescencia. La muchacha a la que nunca se atrevió a confesarle sus sentimientos, a pesar de que habían sido compañeros de estudios durante muchos años.

Se perdieron la pista el uno al otro cuando cada uno tomó caminos distintos en la universidad. Mientras que Leo había transformado su amor por los ordenadores en un trabajo que le encantaba y que le permitía pasar más tiempo con su hija, al ser su propio jefe, Julia había combinado su fascinación con la química y los perfumes en una empresa en alza.

El día anterior, de casualidad, como suceden las cosas importantes, se había topado con ella en ese mismo supermercado, y tras varios segundos de sorpresa, ella le había abrazado como si en lugar de años tan solo hubieran pasado unos meses sin verse. Conversaron unos minutos, en los que Julia le contó que era la dueña de la franquicia de perfumes personalizados, cuya sede era la tienda de la esquina y, que cada mañana acudía al súper para comprarse uno de esos cafés preparados que se bebían fríos, ya que estaba enganchada a ellos.

—Supongo que he cambiado el tabaco por los cafés excesivamente dulces —dijo sonriendo.

—No hay duda de que el café es la mejor opción —trató de bromear él.

Julia no mencionó si estaba casada, pero Leo no vio ninguna alianza delatora en su dedo anular.

Aun así, se despidieron sin planes para un nuevo encuentro y él se pasó gran parte de la noche debatiéndose sobre qué debía hacer para conseguir su

número de teléfono. Tras darle tantas vueltas al asunto, hasta que se durmió por puro agotamiento, su escasa imaginación lo llevó al día siguiente de nuevo hasta el supermercado, a la misma hora en la que se suponía que ella acudía cada día. Sin embargo, Julia no aparecía por ningún lado.

Dio varias vueltas más alrededor de las estanterías, no fuera que se le hubiera escapado sin darse cuenta y se detuvo en su búsqueda, cuando el vigilante de seguridad comenzó a seguirlo sin muchas sutilezas, seguramente alertado por sus paseos sin compra.

Decidido a hacer algo se acercó hasta la nevera de bebidas y cogió dos cafés preparados, y con ellos en la mano y una actitud resuelta los pagó en la caja.

Cuando salió a la calle tuvo la sensación de que su determinación empezaba a flaquear.

No había duda de que necesitaba un empujoncito, por lo que sacó el teléfono del bolsillo interior de su chaqueta y marcó un número guardado en favoritos.

Sonrió cuando su interlocutor lo saludó con afecto.

—Dime, guapo.

—¿De verdad lo crees o solo lo dices porque Almudena te pinchó el otro día con que somos iguales?

—Lo creo a pies juntillas —sentenció la jueza muy seria.

Leo sonrió.

—¿No me veo muy viejo?

—Te ves mejor ahora que cuando tenías veinte. Ahora eres un madurito sexy. Si no fueras mi hermano me tendrías loquita.

Leo rio con la broma.

—De acuerdo, pues nada, eso era lo que quería preguntarte —dijo con más confianza.

—Muy bien, adiós —colgó Susana sin preguntas incómodas ni quejas, y Leo pensó que, aunque había sufrido desgracias que lo habían marcado, no dejaba por ello de ser un tipo afortunado en lo que a hermanas se refería.

Con las pilas recargadas se encaminó hasta la tienda de Julia, café en mano.

Un sonido de campanitas la alertó de que acababa de entrar un cliente.

Julia ni siquiera reaccionó, estaba detrás de un mostrador con la cabeza metida en un ordenador, que viendo los golpes que le daba al teclado sospechó que la había dejado colgada.

Al escuchar los pasos acercarse, alzó la cabeza para disculparse con el comprador por no poder atenderle, y entonces le vio.

—Lo siento, pero... —se calló al darse cuenta de que era su viejo compañero de clase—. Hola, qué sorpresa, jamás pensé que te animarías a visitarme —dijo ella sonriente.

Leo enrojeció y carraspeó con violencia.

—En unas semanas es el cumpleaños de mi hija y un perfume personalizado me parece un regalo original que seguro que le gustará.

—Pues lo siento, pero se me ha bloqueado el ordenador y no puedo hacer nada hasta que venga el técnico a solucionarlo. Ya no hago mezclas al tuntún. —Sonrió—. Ahora lo tenemos todo informatizado.

Él le devolvió la sonrisa y le tendió uno de los cafés que llevaba en la mano.

—Tienes suerte porque soy el mejor programador informático del país, seguro que puedo echarle una mano.

Julia rio divertida.

—Si es el caso, el perfume de tu hija corre por mi cuenta e incluso añadiré otro para tu mujer al paquete.

—No hay mujer —explicó, mientras se quitaba la chaqueta y caminaba para colocarse tras el mostrador—, soy viudo.

—¡Lo siento mucho! No lo sabía.

—No te preocupes. Estoy bien.

Julia le vio desconectar de su conversación en el momento en que su mano asió el ratón del ordenador, lo que le permitió observarle sin que se diera cuenta de nada.

Capítulo 5

El viernes por la mañana, Susana recibió un par de mensajes de Marcos que la descolocaron. Si hubiera tenido que describirlos hubiese dicho que eran una mezcla entre sugerentes, picantes y, sin duda, muy desconcertantes.

Si bien inicialmente decidió obviarlos, cada vez que intentaba concentrarse en el trabajo terminaba pensando en ellos, confundida tanto por el tono como por el contenido de los mismos.

¿Habría creído Marcos que su cita era real? Y de ser así, ¿estaba ella dispuesta a que lo fuera? De todas las normas personales que había establecido a lo largo de su vida, la principal o, en su defecto, una de las más importantes era que no salía con hombres con la capacidad de lastimarla y, si hoy por hoy había un hombre capaz de dejarla hecha polvo, ese era Marcos.

Además, salir con Marcos trasgredía otra de sus normas más sagradas, la de no salir con hombres más jóvenes, y por mucho que fueran unos pocos meses de diferencia, eran suficientes para considerarlo menor que ella, y, por tanto, estar vetado por principios.

Por otro lado, él había hablado de amistad, nada más...

Consciente de que con cada pensamiento al respecto sus ideas se confundían más y más, decidió que lo más maduro era llamar al abogado y pedirle que le explicara el motivo de tan desconcertante e inesperada actitud.

Marcos tardó varios segundos en responder a su pregunta directa; en cambio, le costó solo uno romper a reír con abierta diversión.

—¡Lo siento si te he confundido! —se excusó—. Los mensajes son parte de la práctica —explicó cuando por fin fue capaz de hilar una frase sin estallar en carcajadas—, me hubiese gustado ver tu cara mientras los leías.

—No he puesto ninguna cara digna de tu interés. Simplemente me he sentido un poco descolocada. Estaba segura de que te había dejado claro que lo único que deseo de ti son consejos. Del mismo modo que sé que tú solo buscas mi amistad.

—¡Claro que sí! No te preocupes, y para que veas que me tomo en serio lo de ser tu mentor, acabo de darte la primera lección: crear expectativas. Y para eso los mensajes de texto son muy importantes. Lo más adecuado sería haberte escrito ayer, pero he estado muy liado con el trabajo y se me pasó. Si lo hubiera hecho te habrías pasado todo el día pensando en mí lo que me allanaría el camino para esta noche.

—Es posible —evadió Susana.

—¡No lo dudes! Sé cómo piensan las mujeres.

—Pues gracias, supongo. Por no haberme quitado horas de sueño —dijo en un tono sarcástico que Marcos o no entendió o no quiso notar.

—¡Un placer! —respondió como si nada—. Estoy seguro de que nos lo vamos a pasar muy bien juntos, además, todavía tienes que pagarme el favor.

—Es cierto. ¿Cuándo voy a tener que fingir que soy tu novia? No me gusta tener deudas pendientes, es una de las normas de mi vida.

—¡Mañana! No hagas planes porque vamos a salir también mañana. —Hizo una pausa antes de añadir—. Por cierto, lo de las normas lo revisaremos también esta noche. No creo que vivir pegada a ellas sea bueno para la espontaneidad que tanto nos agrada a los hombres.

—¿Y qué se supone que he de hacer? Me gusta tener la vida organizada.

Marcos rio, pero se calló casi al instante.

—Te lo cuento esta noche —dijo a toda velocidad—. Te dejo, que acaba de entrar Lorena y tengo que hablar con ella de un tema del bufete.

Colgó antes de que Susana pudiera decir nada.

Lorena, recordó Susana, no le había contado a su amiga sus planes con Marcos, aunque tampoco es que hubiera conversado con ella desde que esta se negó a prestarle a Julián. Aun así, no haber hablado con ella no era una excusa. Había sido la propia Lorena la que mencionó a Marcos como posible sustituto de Julián y ni siquiera le había enviado un mensaje para contarle que había aceptado su sugerencia.

Estaba a punto de subsanar su error invitándola a comer, cuando Carmen asomó por la puerta de su despacho, como siempre sin llamar para anunciarse.

—Susana, te traigo los documentos que me has pedido esta mañana. He tenido que exigírselos al abogado porque todavía no los había presentado, a pesar de que el plazo se termina hoy.

—Estupendo, gracias.

—De nada —contestó la secretaria, pero tras tenderle los documentos a Susana no pareció dispuesta a marcharse.

—¿Necesitas algo?

Carmen, que estaba esperando la pregunta, iba a responder cuando el teléfono de la jueza comenzó a sonar sobre su mesa.

—¡Disculpa! —pidió cogiéndolo con una sonrisa satisfecha—. Justo ahora iba a llamarte —explicó a Lorena.

—Estoy segura de que lo ibas a hacer —replicó la abogada con sorna—. Tienes mucho que explicar.

—¡Lo sé! Y te prometo que lo voy a hacer.

—En ese caso supongo que ya sabes por qué te llamo.

Susana alzó la mirada y la clavó en Carmen, quien no se perdía detalle de la conversación de su jefa.

—¿Estás libre para comer?

—Por supuesto, si crees que voy a dejar pasar la oportunidad de que me invites y de que me des la razón en todo es que no me conoces tanto como creía.

Capítulo 6

Faltaba poco menos de una hora para que Marcos pasara a recogerla y, allí parada frente a la puerta de su armario, abierto de par en par, se debatía entre arreglarse para una cita real o para una ficticia.

Desde que decidió que tenía que comenzar a salir había cambiado un poco su estilo sobrio y se había modernizado. Aun así, no estaba segura de que la ropa que tenía fuera adecuada para salir con alguien como Marcos, que acostumbraba a verse con morenas espectaculares.

La ropa anterior al cambio, que aun conservaba, era oscura y sobria, trajes de chaqueta y faldas de largos imposibles. Tras el cambio, había añadido notas de color y vestidos ajustados, pero había dejado de lado los escotes, después de todo no podía acudir al juzgado usando ropa demasiado llamativa.

Cansada de estar de plantón sin decidirse por nada cerró los ojos y alargó el brazo para asir alguna prenda; puede que fuera un método poco ortodoxo, pero no tenía sentido seguir allí plantada sin decidirse.

Cuando abrió los ojos tenía en las manos un vestido rosa pálido, ceñido en la parte de arriba y un poco más suelto en la zona de la falda. No era precisamente un vestido para una cita, pero ya había quedado claro que lo de esa noche no era una cita, además, el rosa le quedaba de maravilla a su pelo rubio y a sus ojos verdes, por lo que tampoco iba a ser un completo desastre. Sin pensárselo mucho más, sacó unos botines con pequeños brillantes en los tacones y el primer quebradero de cabeza de la noche quedó resuelto. Después se metió en la ducha y se lavó el pelo.

Si había de algo de su anatomía de lo que podía alardear eso era su cabello. Se le secara al aire o con secador siempre quedaba suave y con ese sutil desaliño que tantas actrices e *it girls* de moda tardaban horas en conseguir.

Estaba acabando de maquillarse cuando sonó el timbre del portal. Poniéndose los zapatos respondió y Marcos le explicó que la esperaba en el coche porque no había podido aparcar bien.

—¡Ya bajo!

—¡Perfecto!

Cogió el bolso y el abrigo y se despidió de Tom, que la miró de arriba abajo con cierto aire de aprobación.

Cuando entró en el coche se topó con la mirada escrutadora de Marcos,

que no había dejado de observarla desde que salió del portal.

—Estás muy guapa, pero mañana después de desayunar vamos a ir de compras —fue la primera frase que le dirigió.

Susana entrecerró los ojos sin responder.

—Necesito que mañana estés espectacular o Andrea no me dejará en paz nunca.

—¿Estás tratando de cabrearme? —preguntó Susana finalmente.

Marcos alzó las manos con las palmas hacia delante y juró y perjuró que estaba preciosa. Al comprender que Susana no tenía intención de creerle se dio por vencido y arrancó el motor.

—De verdad que estás guapísima —insistió—, pero tu estilo es demasiado elegante y mañana necesito que te veas exuberante.

La jueza iba a protestar de nuevo, pero Marcos se le adelantó.

—Te voy a compensar —añadió con una sonrisa—. Segunda lección del maestro del amor: el lugar al que te lleve tu pareja te indicará dos cosas: cómo es y lo que espera de vuestra cita.

—¿Cuál ha sido la primera lección? Has dicho segunda lección —preguntó Susana que se había olvidado ya de su enfado generado por la alusión a su ropa.

—Los mensajes.

—¡Cierto! Los mensajes —repitió, rezando para no sonrojarse al recordarlos.

Marcos, que no parecía afectado ni por la presencia de Susana ni por sus palabras, presionó el botón de encendido de la radio y *Amazing* de Foxes sonó suave en el vehículo.

I know, with you,
Tonight
Could be amazing
(Be amazing)
I'm scared, to death,
Still I stood
Here waiting
(Here waiting)^[2]

—Lo que iba diciendo —retomó la conversación con la melodía sonando sutil de fondo—, la elección del restaurante. Por poner el caso de que escoge

una pizzería, ¿qué te dice eso del tipo?

Susana le miró como si fuera a encontrar la respuesta en su cara, pero Marcos se mantuvo inexpresivo.

—¿Qué le gusta la comida italiana? —aventuró con poca convicción.

Él negó con vehemencia.

—Que es un hombre clásico y que tiene intención de volver a salir contigo. Si escoge un restaurante asiático quiere decir que es un tipo seguro de sí mismo y que vas a tener que impresionarle si deseas tener otra cita con él.

—Hizo una pausa—. En cambio, si te lleva a un local original olvídate de tener otra cita porque su única intención va a ser impresionarte y llevarte a la cama cuanto antes mejor.

—¿Y qué pasa si soy yo la que escoge el lugar donde vamos a cenar?

Marcos negó con suavidad.

—Eres una principiante, no te conviene hacer eso. Será más fácil adivinar lo que pretende tu cita si dejas que sean ellos los que tomen la iniciativa. Más adelante, cuando conozcas un poco del funcionamiento de la mente masculina, te explicaré esa parte.

—De acuerdo.

Susana no dijo nada cuando Marcos aparcó el coche y la ayudó a salir de él, como haría alguien que tratara de impresionarla, y siguió sin hablar cuando entraron en el restaurante que este había elegido.

Había globos aerostáticos colgando del techo, trenecitos y farolillos, sillas que parecían tortugas, bolas del mundo y hasta una fuente, todo alumbrado por pequeñas lamparitas que inundaban el lugar con una luz cálida y tenue.

«No voy a decir nada», se dijo Susana, y se lo repitió como un mantra durante varios minutos, no obstante, sus buenos propósitos se fueron a pique cuando Marcos le ofreció una de sus sonrisas cegadoras.

—¿Por qué estamos aquí y no en una pizzería? —preguntó por fin.

Él sonrió, se notaba que se lo estaba pasando en grande a su costa.

—Lección número tres, este es uno de esos lugares originales de los que te he hablado. No te va a venir mal conocerlos, así no te pillaré de sorpresa cuando alguien te traiga con intenciones deshonestas.

Susana se relajó al escuchar la explicación.

—La verdad es que es muy bonito. ¿A cuántas chicas has traído tú aquí? He tenido la impresión de que el camarero te conoce muy bien.

Marcos arqueó una ceja, pero en lugar de responder le lanzó una pregunta igual de comprometedora.

—¿De qué habláis Lorena y tú cuando estáis solas?

—Eso es información confidencial.

Le vio sonreír y supo que acababa de darse ella misma una respuesta a su propia pregunta.

Capítulo 7

El local no solo era espectacular, sino que la comida, además, estaba deliciosa y el servicio era impecable.

Y tal y como Susana había sospechado al entrar, los camareros parecían conocer a Marcos. No obstante, ninguno de ellos hizo abierta mención a ese hecho, lo que divirtió a Susana, que imaginó que tenían un acuerdo tácito para no descubrirse.

Tras media hora en su falsa cita, Susana entendió por qué el abogado tenía tanto éxito con las mujeres, dejando de lado su aspecto, era un tipo encantador. Hacía las preguntas apropiadas y se mostraba atento e interesado en las respuestas que le daban. No interrumpía ni incomodaba con demasiada información personal.

Además, era divertido y conseguía que los nervios y la preocupación desaparecieran de la mente de su acompañante.

Susana estaba comenzando a disfrutar de la cita hasta que la verdad salió a la luz.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó este de repente—. ¿Te he cautivado por completo?

—¿Cómo dices?

—Lección número cinco: así es como actúan los tipos que te traen a estos lugares, te hacen sentir especial y cuando ya estás convencida de que lo eres, acabas seducida por ellos sin apenas darte cuenta. Y lo mejor es que ellos ni siquiera te han dado información sobre ellos mismos, lo que les asegura que vas a ser incapaz de dar con ellos de nuevo.

—¿Has estado fingiendo todo este tiempo? ¿Desde cuándo?

Marcos tuvo el detalle de mostrarse confundido.

—No he fingido nada. Trataba de mostrarte cómo son esa clase de tipos para que puedas reconocerlos.

Susana no aceptó la explicación.

—Pues lo has hecho de maravilla —sentenció demasiado molesta para ocultarlo—. Estaba segura de que cenaba con un hombre al que conozco desde hace años.

—Yo...

—¿Sabes, Marcos? —lo interrumpió—. El otro día dijiste que querías que fuéramos amigos de verdad, pero creo que eso no va a ser posible. No me interesa tener un amigo que puede engañarme en cualquier momento, un amigo

del que nunca sabré si está hablándome con sinceridad o si solo está fingiendo ser amable conmigo por algún motivo desconocido —lo dijo sin alzar la voz, como si se tratara de un hecho objetivo en lugar de algo que le afectaba personalmente.

—¡Lo siento! No pretendía fingir nada. Puede que me haya explicado mal, lo que trataba de decir es que esa clase de hombres se aprovecharían de la situación, no que haya fingido nuestra conversación. De verdad que deseo conocerte.

—No importa, Marcos. Después de todo estoy aquí para que me instruyas y es eso precisamente lo que has hecho.

Susana se sintió ridícula en cuanto él comenzó a disculparse. ¿Por qué le había molestado tanto? Sabía desde siempre que Marcos era encantador con las mujeres, como también sabía que él nunca se comprometía con ninguna. ¿Acaso había sido tan tonta de creer que ella era una excepción, que su conversación era auténtica, que verdaderamente deseaba conocerla...?

—Claro que importa. Decía completamente en serio que me gustaría que fuéramos amigos, siempre me has parecido interesante, Susana. De hecho, hasta que tú dijiste que no lo éramos siempre te consideré una amiga.

—No tienes que halagarme. Estoy bien, debería haber recordado que has sido tan amable de aceptar ayudarme con esto —sonrió con falsedad; se había mostrado tan patética que se avergonzaba a sí misma por haber estallado de ese modo.

Si Almudena llegaba a enterarse de lo que acababa de pasar, seguro que era capaz de meterla en alguna de esas categorías de chicas de sus test. Seguramente en la de impulsiva patética...

—Lo decía de verdad. Todo lo que he dicho. Como también es cierto cada pregunta que te he hecho, me gustaría conocerte mejor.

Susana volvió a sonreír y se concentró en la comida.

—Por supuesto —aceptó, aunque se prometió a sí misma no dejarse llevar por sus sueños por muy encantador que Marcos se mostrara.

Durante unos minutos ninguno de los dos habló, hasta que él rompió el silencio.

—¿Cuál es tu color favorito? —preguntó de repente.

Ella levantó la mirada de su plato y la clavó en sus ojos, tratando de averiguar si estaba de broma o si la pregunta era auténtica.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Marcos sonrió.

—Lo pregunto porque tengo curiosidad, después de todo son cosas que

los amigos conocen. Esto no tiene nada que ver con nuestras clases.

—El rojo —sentenció ella—, mi color favorito es el rojo.

—Interesante —musitó Marcos.

—¿Por qué es interesante?

—El rojo es un color llamativo y yo siempre te he visto como una persona discreta. —Le miró los labios, pintados de ese color—. Aunque supongo que tienes razón y no te conozco tanto como pensaba.

Susana se quedó satisfecha con su respuesta por lo que le devolvió la pregunta.

—¿Y tu color favorito?

—El verde —afirmó tajante con la mirada clavada en sus ojos.

Capítulo 8

—Siento que hayas tenido que trabajar el sábado por la mañana —se disculpó Julia.

—No te preocupes, solucionar tu problema es más importante que cumplir con mi horario de autónomo —bromeó Leo.

Aunque el día que entró en la tienda por primera vez trató de arreglar el programa que usaban las tiendas de la empresa de Julia para organizar la información, no obstante, en cuanto se metió a ello se dio cuenta de que era una auténtica chapuza, por lo que solucionó el problema a toda prisa y le expuso a su vieja amiga los defectos que este tenía y los posibles fallos que podría darle en el futuro.

Para sorpresa de Leo, ella había confiado plenamente en su criterio y le había pedido que diseñara uno nuevo con las necesidades de su empresa. Él no perdió el tiempo y se había encerrado en su despacho para terminarlo cuanto antes. Hasta Almudena se había asombrado de la dedicación de su padre y había llamado a Susana, quien le había quitado importancia frente a su sobrina para no alertarla más de lo que ya estaba.

Aun así, había tardado dos minutos tras colgarle para llamar a su hermano e interrogarlo sobre sus motivos.

—Almudena dice que estás trabajando sin parar. ¿Qué te pasa? Tu siempre has seguido tu horario, incluso cuando tenías plazos de entrega. ¿Tienes problemas económicos? ¿Necesitas un préstamo?

—¡Nada de eso!

—¿Entonces qué pasa?

Leo carraspeó y volvió a carraspear, sin saber muy bien cómo comenzar.

—¡Oh, Dios mío! Es por una mujer —adivinó su hermana.

—¿Cómo lo has sabido?

—Siempre carraspeas cuando te sientes incómodo y no hay nada que te ponga peor que una mujer.

—¡De acuerdo! Es por una mujer —concedió, consciente de que mentir a Susana era absurdo e inmaduro—. Me he reencontrado con una compañera de estudios y tiene problemas con el programa que usa su empresa.

—¿Lo de programa es un eufemismo? —preguntó Susana y casi al instante rectificó—. Déjalo, no quiero saberlo.

—Lo del programa es real, ¿qué te crees que ando haciendo encerrado en mi despacho?

Susana no había insistido con preguntas incómodas, aun así, sabía que el domingo no se iba a librar de sus miradas lastimeras que lograrían que se sintiera culpable y que le contara cada uno de los detalles, que se podían compartir, sin siquiera verbalizar una sola palabra.

—Deja que te invite a un café —ofreció Julia.

—¿Tienes de esos fríos?

Ella soltó una carcajada divertida.

—Enganchan, ¿verdad? Me alegra saber que no soy la única que se ha viciado a ellos.

Leo sonrió sin despegar la vista de la pantalla.

—Te dejo a cargo de todo y voy al supermercado.

La preocupación hizo que dejara de lado el trabajo para mirarla horrorizado.

—¿Y qué hago si entra alguien? No se me da muy bien atender a la gente.

Julia sonrió con calidez.

—Diles que tenemos problemas informáticos y que vuelvan el lunes. No tienes que hacer nada más. Seguro que lo entienden, mis clientes son personas geniales —zanjó con cierto deje de orgullo en la voz.

—¡De acuerdo!

Julia le sonrió una vez más, y salió por la puerta con la cartera en la mano.

Él se quedó allí sentado, pensando en que era la segunda vez que pasaba el tiempo con ella y todavía no había descubierto lo que de verdad era importante: su estado civil.

Ni el día en que se presentó de improviso en su tienda ni hoy había visto nada que le indicara que estuviera casada como tampoco había visto nada que le indicara que no lo estuviera.

Lo único que había descubierto en esos encuentros era que las fragancias se mezclaban con almizcle, ámbar o talco, y que el programa que había rediseñado se encargaba de hacer la combinación que el cliente buscaba tras un pequeño test de aromas.

—Ya estoy aquí —anunció Julia con una sonrisa y, tras quitarse el abrigo y guardar de nuevo la cartera en su bolso, le tendió el café a Leo.

—Gracias.

Ella sonrió, agitó el suyo y lo abrió para llevárselo a los labios y gemir de placer mientras lo probaba.

—Parece que te gusta —bromeó Leo con la piel de gallina tras

escucharla gemir.

—¡Me encanta! Ya te he confesado que es mi vicio culpable.

Él no sonrió.

—¿Estás casada? —preguntó de repente y su corazón se aceleró a la espera de su respuesta.

Ella se tomó su tiempo para responder.

—Ya no. Estoy divorciada desde hace tres años.

—Y ¿tuvisteis hijos?

—No. Primero porque estaba muy ocupada abriendo mi empresa, después porque no tenía tiempo ya que esta no dejaba de crecer, y al final porque me había acostumbrado demasiado a mi vida. Ahora me arrepiento, pero ya es tarde.

—No eres tan mayor.

Julia rio encantada.

—Gracias, pero no es solo por esa razón. Tampoco estoy saliendo con nadie y para hacer un bebé se necesitan dos personas.

Leo iba a decir que en pleno siglo XXI ya no era necesario, pero se calló la réplica.

—Ya que estás libre, ¿quieres cenar conmigo esta noche?

—Por supuesto. Estaba preocupada de que no me lo pidieras y tuviera que hacerlo yo. No se me da bien estas cosas —confesó ella, pero él tuvo la sensación de que eso no era del todo cierto.

—A mi tampoco.

—Pues yo creo que lo has hecho genial.

Él soltó una carcajada y su cuerpo se relajó por completo. Uno de los motivos por los que le gustaba Julia era precisamente por eso, porque con ella se sentía cómodo, menos cuando le miraba fijamente o le sonreía, entonces la aparente comodidad mutaba en algo cálido y pegajoso que le atenazaba la garganta.

Capítulo 9

Aunque Susana no regresó tarde el viernes de su cita con Marcos, el sábado por la mañana, cuando este fue a recogerla estaba de un humor de perros y poco predispuesta a probarse ropa. Se había dormido y tuvo que salir de casa sin desayunar, lo que no ayudaba a la sociabilidad.

A toda prisa se puso unos vaqueros, zapatillas y un jersey, y bajó para encontrarse con su amigo, que la esperaba al volante de su vehículo.

—Tienes mala cara —la saludó Marcos cuando Susana entró en el coche.

—¡Qué amable! Madrugar un sábado para que te reciban con palabras tan bonitas es un auténtico placer.

Marcos escondió una sonrisa al comprobar que su lengua era todavía más rápida y mordaz cuando estaba enfadada. Después de todos los años que se conocían había cosas que no conocía de ella y que estaba descubriendo gracias a su pacto de ayuda mutua.

—¿No me digas que no te has tomado un café?

Ella giró la cabeza para mirarle e hizo una cara fea, como los niños malhumorados.

—Muy madura, señora jueza —se burló él.

Susana no respondió y se dedicó a mirar por la ventana para hacerle notar, por si todavía no se había dado cuenta, que estaba enfadada.

—¿Dónde vamos? —preguntó al ver que él tomaba una dirección distinta al centro en el que estaban la mayoría de las tiendas.

—Vamos a la boutique de una amiga mía.

—¡Oh!

Su tono debió de haber sido significativo porque Marcos la cazó al vuelo.

—Nada de oh, es una cliente del bufete. La representé en su divorcio y entablamos amistad.

—Entiendo —insistió ella.

Marcos no se molestó en sacarla de su error, era evidente que se había montado una película en la que ella, agradecida por su ayuda lo seducía como pago por sus servicios. Soltó una carcajada tan auténtica que hasta se sorprendió a sí mismo. Jamás hubiese imaginado que Susana fuera así, los melodramas eran más propios de Lorena que de ella. No obstante, algo debían de tener en común para que su amistad durara tanto tiempo.

—De qué te ríes.

—De nada, es que me he acordado de un chiste que me contaron ayer.

—Cuéntalo y nos reiremos todos.

—No puedo. Se me da fatal contarlos.

Susana no insistió y él disimuló otra risa al pensar en la cara que se le iba a quedar a la jueza cuando conociera a Sonsoles.

—¿Puedo poner música? Me estoy durmiendo —dijo todavía molesta porque no le hubiera contado el supuesto chiste.

Marcos sonrió y le tendió su móvil.

—Pon la canción que quieras. —Ofreció—. Está conectado al coche por *bluetooth*.

Un poco más animada, dado que podía cotillearle las *playlists* a Marcos, aceptó el teléfono y pasó el dedo sobre el icono de la música.

—¿Por qué no tienes código de bloqueo en el teléfono? —preguntó ella de repente.

—Porque no tengo nada que esconder. Soy soltero y sin compromiso. Los códigos de bloqueo son para la gente casada —dijo riendo.

Susana no respondió. Lo cierto era que ella tenía código de desbloqueo y no estaba casada. Lo tenía porque siempre andaba olvidándose el teléfono por todas partes y si había algo de lo que carecía el juzgado era de respeto por la intimidad del prójimo.

Se concentró en la *playlist* que tenía delante y descubrió que al igual que ella, Marcos, era un ecléctico al que le gustaban muchos estilos distintos de música.

Paseó el dedo entre Beyoncé y Rihanna hasta que se decidió finalmente por esta última.

—Definitivamente no te van las rubias —bromeó Susana de mejor humor.

Marcos le devolvió la sonrisa cuando las primeras notas de *Umbrella* invadieron el vehículo.

Because when the sun shines, we'll shine together

Told you I'll be here forever

Said I'll always be a friend

Took an oath I'ma stick it out till the end

Now that it's raining more than ever

Know that we'll still have each other

You can stand under my umbrella

You can stand under my umbrella

Under my umbrella

Under my umbrella
Under my umbrella^[3]

—Para ser una jueza justa siempre tiendes a sacar conclusiones precipitadas —la pinchó Marcos.

—No son precipitadas, son fruto de años de experiencia.

Ante su respuesta él apartó la mirada de la carretera y la clavó en Susana, con un brillo malicioso en los ojos.

La tienda de la amiga de Marcos estaba en un barrio agradable y ya desde fuera se veía interesante. Hasta el nombre de la tienda era, cuanto menos, exótico: Las hijas de Venus, rezaba el enorme cartel con letras rosas llenas de florituras.

La fachada también del mismo color estaba decorada con algo que Susana prefirió no adivinar lo que era. Grandes triángulos invertidos con el vértice de abajo pintado de un púrpura intenso.

—¿Me has traído a un sex shop? —preguntó asombrada—, ¿así sin café ni nada?

Marcos sonrió.

—No es un sex shop, es una tienda de ropa normal. ¡Vamos! —la instó a entrar.

—Yo no la definiría como normal, pero está claro que tenemos los estándares invertidos, igual que esos triángulos.

Susana atravesó la puerta temerosa de lo que se iba a encontrar, no obstante, el aspecto del local por dentro era mucho menos extravagante de lo que lo era por fuera. A excepción, por supuesto, del abuso del color rosa, que también se imponía en las paredes interiores.

El resto era más o menos como cualquier tienda de ropa. Disponía de una sección con estanterías, de pared a pared, en la que había bolsos y zapatos en cada hueco; otra pared con perchas, de la que colgaban toda clase de ropa y en el centro una enorme mesa con más ropa, plegada y ordenada por colores.

—Buenos días —saludó la dependienta y Susana parpadeó varias veces antes de ser capaz de responder.

—Hola, Sonsoles —se adelantó Marcos, corriendo a abrazarla.

Inmediatamente comenzó entre los dos una conversación de la que Susana se evadió, pendiente de Sonsoles. Sin duda, era la mujer más guapa que hubiese visto en su vida, con un cuerpo escultural y una cara preciosa, sin

apenas maquillaje. Incluso su voz era suave y baja. Tendría unos cuarenta y pocos, pero la edad no se le notaba más que en las manos. El resto de su piel se veía fresca y tersa.

Regresó a la realidad cuando Marcos las presentó.

Notó la incomodidad de la mujer ante su mirada y se excusó con rapidez, no queriendo ofenderla.

—Perdona por mirarte embobada, es que he de decir que eres la mujer más guapa que he visto en mi vida.

Sonsoles sonrió, visiblemente encantada con el piropo.

—Gracias. Te prometo que no me he hecho nada en la cara —dijo con un guiño—, lo demás lo tengo todo operado —bromeó.

Marcos protestó al escucharlo y se llevó la mano a sus partes íntimas.

—No hablemos de eso que me da grima —se quejó.

—Qué delicado eres —le dio un manotazo coqueto—, una pena que no me haya podido operar la nuez, sino sería perfecta —dijo con cierto dramatismo.

—Ya eres perfecta —sentenció Susana.

La mujer enlazó su brazo al de la jueza y se la llevó hacia las perchas al tiempo que le preguntaba qué era lo que necesitaba.

—Un vestido que la transforme de normalita en espectacular —dijo Marcos tras ellas.

Sonsoles se paró en seco y le fulminó con la mirada.

—Se lo pregunto a ella, no a ti —protestó—. Y por lo que oigo veo que sigues teniendo tan poco tacto como siempre.

—Susana no es puntillosa —se defendió riendo—, ella comprende lo que quiero decir.

—Ella es una dama y tú no eres un caballero —zanjó Sonsoles.

Marcos suspiró sonoramente.

—Creo que acabo de ser reemplazado como el favorito.

Durante los siguientes tres cuartos de hora Susana se probó más de once vestidos y varias faldas y tops. Aunque algunos le horrorizaron, hubo otros que la hicieron sentirse atractiva y que no le hubiese importado comprar. No obstante, en ese momento tenía que decidirse por uno, lo que no quería decir que no pudiera volver a por alguno más una vez que Marcos no estuviera delante.

De ninguna manera iba a hacerle saber lo mucho que le había gustado tanto la tienda como la dueña. Ya tenía el ego hinchado sin su ayuda.

Finalmente se decidió por un vestido de una tela negra con pequeños destellos plateados, la espalda al descubierto, el escote alto y largo hasta medio muslo.

—Tienes que dejarte el pelo suelto y no se te ocurra ponerte botas con él o le quitarás parte de su encanto. Mejor con taconazos y un bolso diminuto, nena, vas a necesitar las dos manos para deshacerte de los moscones que se te van a acercar.

Susana estaba encantada con Sonsoles, pero fue Marcos quien protestó.

—No te preocupes por los moscones. Va a estar conmigo.

—Tú eres peor, querido —zanjó la dueña.

A sabiendas de que no podía con ella dejó el tema y se giró hacia Susana para ofrecerse a pagarle el vestido.

—¿Estás loco? ¿Por qué ibas a pagarlo tú?

—Porque es culpa mía que tengas que ponértelo.

Susana descartó el comentario con un gesto de la mano.

—No te preocupes por eso, me gusta. Puede que no sea mi estilo habitual, pero me encanta.

Marcos sonrió, satisfecho consigo mismo.

—Además —siguió ella—, seguro que lo vuelvo a usar en alguna otra cita.

La sonrisa de Marcos se le congeló en el rostro.

—Deja que te lo pague, nena —aconsejó Sonsoles—, así no te sentirás culpable por comprarte estos zapatos y este bonito bolso —dijo alzándolos para que la rubia los viera.

—¡Son divinos! —comentó arrebatándoselos de las manos.

—¡Dios! He creado a un monstruo —teatralizó Marcos.

Capítulo 10

Susana subió a casa cargada con las bolsas de lo que había comprado en Las hijas de Venus, y sonriendo sin parar. Conocer a Sonsoles había sido toda una experiencia.

Tuvo la sensación, en cuanto la vio, de que era alguien que merecía la pena conocer y estuvo segura de ello cuando reparó en cómo sacaba a Marcos de la ecuación mandándole a por cafés para tener la oportunidad de quedarse a solas con ella.

Después de eso, no había perdido el tiempo con remilgos y había ido directamente al grano.

—¿Sabes que eres la primera chica que trae a mi tienda? Ha venido otras veces a por regalos para sus amigas, pero jamás había traído a nadie con él.

Susana le quitó importancia.

—Me está ayudando con el tema de las citas. Los hombres no se me dan bien.

Entonces Sonsoles se había reído como si le hubieran contado el mejor chiste de su vida.

—Los hombres no se le dan bien a nadie, nena. El secreto está en conformarse con que se te dé bien uno de ellos. Sea como sea, debes de ser especial para él si te ha traído aquí.

—Supongo que somos amigos.

—¿Lo supones? —Su ceño fruncido le daba una expresión inocente que Susana envidió.

—Nos conocemos desde hace años, pero nunca he sentido que realmente fuéramos amigos. Él es el amigo de una amiga. Ya me entiendes...

—La verdad es que no lo hago.

—Quiero decir que nunca hemos interactuado como amigos. No hemos hecho las cosas normales que se hacen cuando eres amigo de alguien.

La dueña de la tienda la miró interrogante antes de responder.

—¿No habéis tomado café juntos, ido al cine o a comer? No sé ese tipo de cosas.

—Sí, pero...

Sonsoles había suspirado exageradamente y se había dado por vencida, evitando sacar de nuevo el tema.

Susana trató de tener la misma deferencia con ella por lo que no la incomodó con preguntas. Sabía por boca de Marcos que se habían conocido

con motivo de su divorcio, pero tras tratarla intuía que había algo más. Aun así, no hizo ninguna alusión que la incomodara.

—¿Sabes? A veces es más inteligente dejar que sean ellos los que te entiendan a ti.

—Creo que eso es todavía más difícil.

Entonces Sonsoles la había mirado con ternura y le había acariciado la mejilla.

—Eres encantadora, ¿a qué te dedicas? ¿Eres abogada como Marcos?

—Soy jueza.

—¡La leche! —Se había reído ella—. Búscate a un abogado, nena, siempre estarás moralmente por encima en todas las discusiones —comentó y siguió riendo cada vez que se acordaba.

—Tengo la norma de no salir con abogados.

—Nena, las normas están para romperlas. Es más divertido ser mala, créeme, lo sé por experiencia.

Susana no respondió y Sonsoles dio por terminada la conversación endosándole dos vestidos más para que se los probara.

Al entrar en casa se fue directa al dormitorio, seguida por Tom que ronroneaba entre sus piernas. Dejó las bolsas con cuidado sobre la cama y se descalzó para estar más cómoda.

En esos momentos no sabía lo que le hacía más ilusión: si volver a salir con Marcos o estrenar el vestido y los zapatos.

Salió del dormitorio, tras asegurarse de que Tom ya se había aburrido de ella abandonándola en favor del sofá, y se encaminó hasta la cocina para prepararse algo de comer. Entre unas cosas y otras se le había hecho tarde y estaba hambrienta, el problema era que no tenía ganas de cocinar. Menos mal que tenía el congelador lleno de fiambreras con comida que se traía los domingos de casa de Leo.

Su hermano se había convertido en un cocinillas tras la muerte de su esposa y, de algún modo, había terminado por convertirse en algo que disfrutaba.

Con una sonrisa de oreja a oreja y la boca llena de saliva, de solo acordarse de lo buenos que estaban los canelones del fin de semana anterior, sacó la bandeja del congelador y los metió en el horno unos minutos.

Mientras esperaba a que se calentaran se puso a mirar su móvil a ver si encontraba algún tutorial de maquillaje facilito. No porque quisiera estar

estupenda para su cita falsa con Marcos, se dijo, sino porque tenía que practicar para futuras salidas con posibles parejas reales.

Tras haber visto cuatro tutoriales diferentes llegó a la conclusión de que lo que era fácil para otros para ella era una obra titánica. Desanimada salió de YouTube y probó con Almudena.

Su sobrina la desilusionó de primeras para animarla inmediatamente después.

—No se me da bien el maquillaje —explicó—, seguramente se deba a que empecé tarde porque mi padre no me dejaba pintarme más que las pestañas y nadie me ayudó a convencerle de que las sombras no eran artilugios satánicos.

—El rencor hará que te arrugues antes de tiempo —la pinchó su tía.

—¡Qué graciosa eres!

—Lo digo completamente en serio.

—¿A qué hora has quedado?

—Pasaré a recogerme a las nueve y media.

—¿No es un poco tarde para una cita? —la voz de Almudena sonó como si no terminara de creérselo.

—¡Supongo! ¿A qué hora es lo normal?

—¿A las ocho? Normalmente la gente queda pronto para hablar y tomarse una copa antes de ir a cenar.

—Pues yo no. A lo mejor porque esto no es una cita de verdad.

Almudena suspiró sonoramente varias veces para hacer notar a su tía su malestar antes de responder.

—Iré a las ocho y media. Mi amiga Vanesa maquilla muy bien, seguramente porque ella sí que empezó a la edad correcta a...

—¡Te quiero! Eres un sol. La niña más mona del universo —la cortó Susana con palabras amables—, te veo a esa hora.

—¡Tía! Ya te he dicho muchas veces que no... —se quejó Almudena, que se había quedado con ganas de seguir protestando.

—Te dejo, que llaman a la puerta —dijo y, sin darle tiempo a nada, colgó.

Capítulo 11

Leo estaba nervioso, tanto que incluso había comenzado a sufrir visiones. Desde que habían llegado a su restaurante italiano favorito, Julia y él, le había parecido ver, en varias ocasiones, a Vanesa, la mejor amiga de Almudena e, incluso, habría jurado que de camino al baño se había topado con una chica tan parecida a su hija que se le puso el vello de punta. Pero había sido una visión que había aparecido con la misma velocidad con la que desapareció. Almudena no tenía faldas tan cortas ni se maquillaba tanto.

Aun así, quiso asegurarse y antes de regresar a la mesa con su cita, llamó a su hija, quien le dijo que estaba en casa de Vanesa, preparándose para salir a cenar y al cine.

—No llegues tarde —dijo con afecto—. Mañana tienes que estudiar.

—Claro que no, papá. ¡Pásalo bien!

Leo carraspeó y volvió a carraspear.

—¿Yo? Voy a ver qué hay en la televisión y me acostaré pronto. —Mintió—. Ya sabes lo tempranera que es tu tía los domingos.

—¿No vas a salir? —la voz de Almudena sonaba melosa y más dulce de lo habitual.

—Ya te he dicho que no.

—¡Oh! ¿No has salido entonces?

—Claro que no.

—¿Y el ruido de fondo qué es?

Leo improvisó sobre la marcha.

—Bueno, sí que he salido... a tirar la basura.

—Pues parece gente hablando...

—Será la televisión.

Almudena sonrió interiormente. ¡Pillado!

—¿La televisión en la calle?

—Acabo de entrar por la puerta después de tirar la basura. Deja de interrogarme. Aquí el padre soy yo, ese es mi cometido, no el tuyo.

—Claro, papi. Que te lo pases bien solo en casa —dijo y colgó antes de que Leo pudiera preguntarle algo más sobre sus palabras.

—¿Va todo bien? —preguntó Julia, cuando Leo regresó con ella a la mesa.

—Sí, es que estaba hablando con Almudena. —Sonrió con afecto—. Mi hija tiene la habilidad de preocuparme sin necesidad de hacer nada

extraordinario.

—¿Qué te inquieta? ¿Quieres que nos marchemos? —Ofreció, a pesar de que acababan de llevarles la comida.

—No, no. Es solo que sonaba rara. Demasiado cariñosa.

Julia rio de buena gana.

—¿Y eso es malo?

—Eso solo puede decir que trama algo. Lo que, sin duda, es más que preocupante.

La velada transcurrió sin altibajos. Al igual que años antes, cuando eran compañeros de clase, Leo comprobó que estar con Julia seguía siendo igual de fácil. Su conversación era inteligente e interesante. Además, era divertida y una de las pocas personas que realmente se reían con sus ocurrencias.

Su amigo Luís siempre le había dicho que el día que encontrara a una mujer que no fingiera divertirse con sus chistes, tenía que echarle el lazo, porque era malísimo con ellos. Había tenido suerte con su mujer y ahora parecía tenerla también con Julia.

La observó mientras hablaba, no había cambiado mucho, se dijo, seguía siendo de carácter abierto y risueña. Su pelo seguía igual de castaño que siempre y sus ojos marrones brillaban igual que a los dieciocho.

Casi sin darse cuenta pensó en lo que le parecería a Almudena, ¿le gustaría Julia? Su hija era una niña un tanto especial. La gente que estaba al tanto de sus circunstancias pensaba que estaba mimada, hasta que la conocían y los prejuicios desaparecían. Puede que contara con el afecto incondicional de su padre y de su tía, a quienes les costaba negarle algo, pero también era cierto que el propio carácter de Almudena era comedido y razonable, con algún que otro enfado propio de su edad, pero, aun así, muy maduro para una niña de tan solo dieciocho años.

—Me gusta este restaurante —comentó Julia—, la lasaña está deliciosa. ¿Quieres probarla?

El corazón de Leo se aceleró de repente.

Asintió, pero se quedó paralizado. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Cogía su propio tenedor o esperaba a que fuera ella la que se lo diera a probar?

Como si fuera capaz de leer sus pensamientos, Julia sonrió y cargó su tenedor con comida. Sin dejar de sonreír, como si le estuviera animando con ello, acercó el cubierto a su boca y esperó a que Leo abriera la boca para metérselo dentro.

—¿Qué tal está? ¿A qué está muy buena?

—Deliciosa.

Ambos se sobresaltaron cuando inesperadamente se escuchó un estridente grito en medio del comedor. Miraron alrededor, pero quien fuera que hubiera gritado no tenía intención de ser descubierto, a pesar de que prácticamente todo el restaurante se miraba entre sí para saber quién había sido el culpable.

—Creo que alguien se ha mordido la lengua —rió Julia—. Pobrecito.

—O se ha quemado.

Julia negó sin dejar de sonreír.

—Nadie grita de ese modo por quemarse. Estoy segura de que ha sido un mordisco. Uno bueno, además.

—Si lo dices tan convencida tendré que aceptar tu palabra.

—Créeme. Hablo desde la experiencia —confesó fingiéndose avergonzada.

Fue el momento de Leo de reír con auténticas ganas.

Capítulo 12

Al final resultó que Vanesa sí que tenía buena mano con el maquillaje. Susana solo tuvo que mostrarle lo que quería y la amiga de Almudena hizo todo lo demás. Incluso le dio algunos consejos sobre el tipo de productos que tenía que comprar para resaltar sus rasgos.

El resultado fue espectacular. Su maquillaje no desentonaba para nada con el vestido que iba a ponerse y, por primera vez en mucho tiempo se sentía capaz de impresionar a cualquiera que se le pusiera por delante. Novio falso incluido.

Puede que su sobrina tuviera razón al quejarse de que había comenzado tarde a usar cosméticos, porque ella misma sentía que por culpa de las oposiciones y de los cursos que había tenido que sufrir para ser juez había comenzado retrasada en el mundo de las citas.

—¡Vaya, tía! Estás estupenda —dijo Almudena, que inmediatamente se giró hacia su amiga—, Vanesa, eres una artista.

—¡Oye! Que la materia prima era buena —bromeó Susana.

La muchacha asintió con una sonrisa traviesa.

—Al final va a resultar que tiene razón papá y sí que eres guapa —concedió su sobrina, ganándose con ella los besos encantados de Susana.

—¡Es cosa de familia!

—¡Es verdad! Tu padre también está bueno —apuntó Vanesa, entre avergonzada y divertida.

—¡Vane! Qué asco, que es mi padre —se quejó con una mueca exagerada.

—Di que sí, Vane. Para mí también es guapo.

Almudena se rindió ante la mayoría y no protestó, al menos verbalmente, aunque su cara siguió mostrando muecas cada una más horrorizada.

Susana, por su parte, contenta con el resultado les dio dinero para que fueran a cenar a la pizzería favorita de la familia, y dedicó el resto del tiempo que le quedaba hasta que llegara Marcos para peinarse. No porque lo necesitara, su pelo siempre estaba perfecto, sino porque tenía toda la intención de demostrarle lo que se estaba perdiendo al no salir con rubias.

Pasaban cinco minutos de la hora a la que habían quedado cuando sonó el timbre del portal. Susana respondió que bajaba al instante, cogió sus cosas y salió por la puerta, no sin antes llenar el cuenco de Tom y lanzarle varios besos, que no pudo materializar porque su pelo naranja se hubiera quedado adherido en su vestido nuevo.

Bajó en el ascensor retocándose los labios de un rojo intenso.

Vanesa le había sugerido que optara por otro color menos llamativo porque iba a darle protagonismo a los ojos, pero ella se había negado. Los labios rojos era la marca de la casa. De hecho, pintárselos así la hacía sentirse más confiada y segura de sí misma.

Salió del portal y buscó con la mirada el coche de Marcos. No obstante, le vio antes a él porque estaba apoyado sobre la puerta del copiloto, mirándola con abierta admiración.

Se acercó hasta él muy erguida con el abrigo y el bolso en la mano.

—¡Wow! ¡Madre mía! —exclamó mirándola de arriba abajo—. Estás espectacular.

Un millón de mariposas aletearon en su estómago, pero no las mariposas que se sienten cuando estás enamorada, se dijo a sí misma, sino mariposas de emoción sana y nada romántica.

—¡Gracias! Esa era la idea, ¿no?

Marcos asintió y se apartó para abrirle la puerta.

Susana no se movió de donde estaba.

—¿Te puedo pedir un favor? —no esperó a que respondiera—, ¿me haces una foto para Sonsoles? Para Sonsoles y para el perfil de la aplicación, —pensó Susana, aunque no se lo dijo.

—¡Claro! —aceptó sacando su propio móvil del bolsillo.

Susana estaba haciendo lo propio hurgando en su bolso para sacar el suyo, pero Marcos la detuvo poniéndole una mano encima de la suya.

—La hago con el mío y después te la mando. —Ofreció—. Vas sin abrigo y hace frío. Dame tus cosas, que se te tiene que ver bien.

Obediente le tendió todo y sonrió cuando él, tras dejarlo en el coche, se dio la vuelta con la cámara del móvil activada.

—¡Listo! Cenando te la envío —anunció tras pulsar varias veces el botón de la cámara.

Ella asintió y subió al coche.

—Esta noche cenaremos en un japonés —comentó—, te gusta, ¿verdad?

—¡Me gusta! ¿Veremos ahí a tu amiga?

Marcos asintió con vehemencia.

—Seguro, es la chef principal. Es imposible que no nos vea.

—¿Andrea es asiática?

—Sí, su padre es japonés y su madre francesa. Aun así, lleva desde los siete años en España.

—¡Vaya! —musitó Susana sorprendida.

—¿Pasa algo?

—Nada. Seguro que es muy exótica.

—¡Lo es!

Susana no dijo nada más. Era absurdo hacerlo, sin embargo, no pudo evitar pensar que la animadversión de Marcos por las rubias no tenía explicación lógica. Prácticamente había salido con mujeres de todo tipo, a excepción, de las chicas con su color de cabello.

Para mitigar el silencio reinante Marcos alargó el brazo y encendió la radio. *Up & Up* de *Coldplay* comenzó a sonar. Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que llegaron al aparcamiento del restaurante.

No obstante, a pesar del silencio no hubo incomodidad entre ellos y Susana pilló a Marcos en varios momentos mirándole las piernas. Puede que no le gustaran las rubias, decidió, pero era evidente que sí que le gustaba su aspecto de esa noche.

Antes de que pudiera salir del vehículo, Marcos dio la vuelta y le abrió la puerta. Con amabilidad le ofreció la mano para ayudarla a salir. Dado lo corto que era el vestido, Susana agradeció el gesto, ya que gracias a eso pudo sujetarse la falda para no enseñar más de la cuenta.

—¿Qué es lo que tengo que hacer esta noche? —preguntó, mientras él le ayudaba a ponerse el abrigo y le tendía el bolso.

Susana aprovechó que lo tenía de pie ante ella para observarle mejor, iba vestido con unos pantalones negros, un jersey oscuro y chaqueta de cuero del mismo color; rompía el cromatismo de su ropa unos zapatos camel.

—Solo dejarte querer.

Ella arrugó el ceño, desconfiada.

—¿Qué significa eso?

Marcos rio encantado con su reacción. Susana siempre había sido una persona desconfiada y tierna a la vez lo que la hacía encantadora.

—Quiere decir que voy a tocarte bastante y que tú vas a tener que sonreír como si te gustara —la cogió de la mano mientras lo decía.

—Pero tú nunca me has tocado antes —replicó, quieta junto al coche. Aunque él había tirado de ella, Susana no se había movido. Y no pensaba hacerlo hasta haber aclarado el asunto.

—Seguro que nos hemos rozado en algún momento —protestó Marcos—, lo de hoy será algo como eso, solo que un poco más... intenso.

—Estoy segura de que nunca nos hemos tocado. Va a ser raro.

Él le soltó la mano y la miró con fijeza.

—¡De acuerdo! —Aceptó y antes de que Susana pudiera preguntar en qué le estaba dando la razón se inclinó sobre ella y le dio un rápido beso en los labios—. Tema zanjado. Ya nos hemos tocado íntimamente. ¿Vamos?

Susana asintió y no ofreció resistencia cuando Marcos volvió a tomarla de la mano y a tirar de ella en dirección al restaurante, posiblemente porque estaba dando un paseo por las nubes.

Capítulo 13

Susana entró al restaurante con dos pensamientos batallando entre ellos por conseguir el protagonismo: el beso que Marcos acababa de darle, que, aunque casto, la había dejado acelerada y la preocupación de Andrea, la amiga especial de Marcos, que no reparara en su presencia y la cita fuera una pérdida de tiempo. No obstante, esta última preocupación se disipó en cuanto el maître los llevó hasta los lugares en los que iban a cenar.

Los reservados y las mesas para parejas estaban ocupadas así que no tuvieron más remedio que sentarse en la barra justo en frente de donde estaban cocinando los chefs.

—¿Lo has hecho a propósito? —preguntó Susana en cuanto se acomodaron.

—¿El qué?

—Recogerme tan tarde. Así te asegurabas de que no iba a haber sitio.

Marcos se limitó a sonreír y dedicó su atención a la carta.

Susana aprovechó que la mujer no se había dado cuenta todavía de su presencia para observarla. No había dudas de que era Andrea porque era la única mujer detrás de la barra cocinando. Supo dos minutos después que sus especulaciones eran ciertas cuando la vio cambiar de expresión al darse cuenta de que Marcos estaba allí. Las miradas incendiarias que le lanzó a Marcos pronto fueron compartidas con ella misma, aun así, no se dejó intimidar.

Andrea iba vestida con el tradicional traje de *itamae* japonés, blanco e impoluto. Su pelo lacio y oscuro salía por debajo del gorro recogido en dos coletas que le llegaban por debajo de las clavículas. Tenía una nariz pequeña y proporcionada, sus ojos oscuros destacaban porque a pesar del doble párpado tenían espesas pestañas oscuras que Susana sospechó eran postizas. Sus labios rosados en forma de corazón no sonreían, estaban más bien fruncidos.

—No pidas nada que lleve pez globo —pidió de repente Susana a Marcos.

—¿Por qué? Está rico.

—He oído que si se corta mal puede ser mortal.

Marcos arqueó una ceja, inquisitivo.

—Estoy segura de que ella lo cortará mal para liquidarme —negó con la cabeza—, no me fío. Ni siquiera lo comí cuando estuve en Japón.

—¿Has estado en Japón?

Susana asintió.

—El verano pasado. Este año voy a Shanghái.

—¿Por qué?

—Me gusta viajar.

Marcos sonrió y aprovechó el gesto para acariciarle la mejilla.

Susana tuvo que recordarse que estaban actuando porque su corazón se aceleró al instante, del mismo modo en que lo había hecho con el beso.

—Preguntaba que por qué Asia.

—Ya he estado en la mayoría de los países de Europa. Cuando estaba estudiando para las oposiciones solo me permitía dos semanas al año de descanso y siempre las usaba para viajar. Es fascinante cómo funcionan las leyes en otros países, sobre todo en Asia. En muchas ocasiones los delitos se resuelven en la propia comisaría, sin necesidad de llegar a un juzgado.

—Es decir, que trabajas incluso cuando estás de vacaciones —Marcos arrugó el ceño—. Definitivamente necesitas salir más.

Siguieron revisando la carta y Marcos iba a llamar al camarero, cuando Andrea se plantó frente a ellos, desde el otro lado de la barra, y les ofreció una sonrisa más burlona que falsa.

—Buenas noches, Marcos. —Educadamente se giró hacia Susana—. Buenas noches, soy Andrea y este es mi restaurante, ¿tú eres?

La jueza tuvo que admitir que a pesar de su aspecto frágil la joven tenía carácter.

Con otra sonrisa igual de sincera le estrechó la mano.

—Soy Susana. Un placer conocerte.

No había duda de que la respuesta no la satisfizo porque clavó la mirada en Marcos a la espera de que él la ampliara.

—Susana es mi novia.

—¿Tu novia? —repitió, incrédula.

—Así es. —Y añadió con algo que a Susana le pareció orgullo—. Es jueza.

Andrea no reaccionó. Ni siquiera parpadeó.

—En ese caso y dado que es la primera novia que te conozco permite que me encargue personalmente de vuestra cena.

Susana se envaró inmediatamente.

—Eres muy amable, pero, por favor, no prepares nada que lleve pez globo —se apresuró a decir—, tengo alergia.

¡Mierda! Pensó instantes después de hablar. Ahora le iba a resultar más

fácil envenenarla, podía ponerle pez globo mal cortado y alegar que el problema de su muerte era la alergia que tenía por ese alimento.

—Será un placer —aceptó Marcos tomando la mano de Susana como si nada mientras hablaba—, eres una *itamae* excepcional.

La chef asintió con la cabeza y se alejó de ellos decidida a prepararles la cena.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marcos—, estás temblando.

—Creo que voy a ser incapaz de comer nada esta noche. ¿Has visto cómo me ha mirado cuando le has dicho que somos novios?

Su respuesta pareció divertirlo porque se rio y le dio un beso rápido en la mejilla.

—No te preocupes. Seré tu catador oficial.

Ante el ofrecimiento, Susana se relajó un poco y la conversación que Marcos comenzó la ayudó a olvidarse momentáneamente de los hipotéticos intentos de asesinato de Andrea.

Intentos que desestimó cuando le pusieron delante el *Gyoza* de los entrantes.

Susana trató de no buscar a Andrea con la mirada, por lo que se concentró en la comida, que había que reconocer que estaba deliciosa, y en Marcos. No obstante, en un momento dado durante la velada sus ojos se movieron en su dirección y se topó con la mirada desafiante de la chef, quien le devolvió el gesto desde la plancha como diciéndole que no se lo creía.

Después le ofreció la misma sonrisa burlona que le había dedicado al presentarse. Una sonrisa que decía que ella no estaba a la altura de los gustos de Marcos o al menos, esa fue la sensación que invadió a la jueza, quien molesta cambió su atención a Marcos, que seguía sentado a su lado ajeno al duelo de miradas de las dos mujeres.

Dispuesta a demostrarle a la morena que se equivocaba, sonrió con suficiencia y giró todo su cuerpo hasta quedar frente al abogado, quien al verla moverse se dio la vuelta también para mirarla de cara.

—¿Estás bien? ¿Sucede algo?

—No te asustes, ¿de acuerdo?

La expresión de sorpresa de él fue lo último que Susana vio antes de inclinarse sobre Marcos y capturar sus labios.

Durante unos segundos se olvidó de todo lo demás. Se olvidó de Andrea, de que estaban en un lugar público y de que era cierto que ella no era su tipo.

A pesar de todos esos inconvenientes no le importó, ni siquiera lo pensó. Se dejó llevar por el beso que él le devolvía, enterró los dedos en el pelo de su nuca y se acercó todo lo que los taburetes le permitían al cuerpo de Marcos. Su aroma embotó todavía más sus sentidos. Era una mezcla de perfume, suavizante y masculinidad.

Se separó él cuando se hizo imprescindible recuperar el aliento y al hacerlo se topó con la misma mirada de sorpresa que había vislumbrado antes del beso.

—¡Lo siento! Estaba mirando —explicó. De repente tuvo la necesidad de disculparse con él, no por el beso en sí, sino por el interés que este parecía haber suscitado entre el resto de los comensales.

—No lo hagas. Suelo causar ese efecto en las mujeres —dijo bromeando para aliviar la tensión que el beso había creado entre ellos. No obstante, aunque sus palabras pretendían ser banales sus ojos mostraban otra emoción que Susana no supo cómo interpretar. ¿Le habría asustado? ¿Estaría preocupado de que se hubiera tomado su pantomima como algo real?

Conociendo a Marcos y el nivel de su ego no parecía una explicación extraña.

Una vez más calmada, miró a Andrea, quien seguía en el mismo lugar tras la plancha, pero esta ya no se mostraba tan confiada como antes.

La voz de Marcos la trajo de vuelta a la realidad.

—Verás, Susana, no sé cómo decirte esto, pero... Creo que necesitas ayuda extra en un tema importante sobre las citas.

—¿Qué tema? —preguntó extrañada.

—Los besos —espetó Marcos sin medias tintas ni paños calientes.

—¿Cómo dices?

—No besas bien y hay que solucionarlo cuanto antes —sentenció Marcos consciente de que semejante mentira lo iba a llevar directo al infierno.

Capítulo 14

—¿Qué hiciste qué? —preguntó Susana el domingo cuando se presentó en casa de su hermano para comer.

—No fue a propósito, tía. Simplemente fuimos al *Luigi* y papá estaba allí con una mujer.

—¿Y cómo era?

—Eso no es lo importante. Lo importante es que me mintió. Me dijo que estaba en casa y estaba en una cita. ¡Con una mujer!

—¿Hubiera sido mejor un hombre?

—Muy graciosa. Sabes lo que quiero decir. ¡Papá tiene novia y no nos lo ha dicho!

Susana negó con poca convicción.

—Puede que solo sea una amiga. Si fuera algo serio lo sabríamos.

Almudena pareció relajarse un poco con las palabras de su tía.

—A lo mejor la vio cuando salió a tirar la basura y decidieron salir a cenar —apuntó la joven.

—¿Por qué iban a quedar frente a un contenedor maloliente?

—Porque se encontraron allí. Mi padre me dijo que había salido a tirar la basura, me niego a creer que me mintió en eso también.

—Tienes razón, se encontraron en ese momento —aceptó Susana haciendo que Almudena se sintiera mejor.

No pudieron seguir hablando porque Leo apareció en ese instante.

El resto de la velada pasó entre las miradas escrutadoras de la hija y la hermana quienes no se perdían detalle de cada una de las palabras de Leo y, que de vez en cuando, con pocas sutilezas, trataban de tirarle de la lengua hablando de lo genial que sería invitar a otra persona a las comidas de los domingos.

—Susana, ya sabes. Búscate un novio —se burló él.

—¿Por qué no te buscas tú una novia?

—Eso, papá, ¿por qué no nos la traes tú?

El aludido enrojeció y carraspeó varias veces antes de serenarse lo suficiente para hablar.

—¿Os parecería bien? Que encontrara a alguien, quiero decir.

—Sí —respondieron las dos al unísono.

—Entonces es posible que lo haga. —Se dio cuenta de su error y trató de subsanarlo—. Buscar a alguien quiero decir.

Ni Susana ni Almudena reaccionaron a tiempo, por lo que Leo aprovechó su desconcierto para cambiar de tema. Y aunque ellas trataron en varias ocasiones de volver a hablar de lo mismo, él esquivó las alusiones con mucha destreza.

—¿Creéis que los besos son importantes en una cita? —inquirió Susana sin venir a cuento.

Su sobrina puso una expresión meditabunda antes de responder.

—Sí, un primer beso malo puede cargarse una cita estupenda.

—Tengo que darle la razón a mi hija —secundó Leo—, si no hay química la relación no avanzará. Y un beso siempre es la primera pista fiable.

—Entiendo... —dijo, pero, aun así, al regresar a casa llamó a Lorena, quien sin saber la respuesta de Leo y Almudena acabó dándoles la razón.

Después de su pequeña encuesta Susana por fin se decidió. Finalmente había comprendido que no tenía sentido seguir evitando el tema, por lo que cogió el teléfono y llamó a Marcos antes de arrepentirse de su decisión.

—Buenas noches —saludó él aparentemente de mejor humor que ella.

—De acuerdo. ¡Lo haré!

Marcos sonrió sabedor de que ella no podía ver su expresión a través de la línea.

—Lo siento, pero no sé a qué te refieres.

La jueza gruñó y él se aguantó las ganas de estallar en carcajadas.

—Acepto tu ayuda sobre los besos.

—¡Oh! ¿Te referías a eso? Lo siento, lo he pensado mejor y creo que tienes razón, va a ser un poco raro que lo hagamos.

Ella tardó varios segundos en reaccionar. ¡Idiota! Se regañó a sí misma, acababa de ponerse en evidencia por nada. Al final él estaba usando la excusa que le puso ella el sábado cuando él se ofreció a ayudarla y el único motivo por el que la había puesto era porque le aterraba la idea de volver a besarle, ya que estaba segura de que no volvería a salir indemne si lo hacía.

Por mucho que hubiera tratado de engañarse durante años, diciéndose que no sentía nada por Marcos, lo cierto era que sí que lo sentía y no menos cierto era que Lorena lo sospechaba desde hacía tiempo.

—De acuerdo, ha sido una tontería llamarte. No te preocupes, hablaré con Gonzalo Lozano.

—¿El fiscal? —preguntó con la voz más estridente de lo habitual.

Se suponía que no iba a reaccionar de ese modo, sino que le insistiría para que la ayudara, ya que había sido él quien le había hecho notar su

supuesta falla.

—Sí, se puede decir que somos amigos. Puede ser mi mejor opción. Es mayor que yo, lo que le hace experimentado y que yo sepa no sale con nadie. ¿Quién sabe? Puede que el experimento termine en romance. —Se obligó a reír como si el pensamiento fuera real.

—¿Cómo puede ser que a él lo consideres tu amigo y a mí no? —protestó Marcos haciendo caso omiso a sus explicaciones.

—Sí que te considero mi amigo.

—¿Desde cuándo?

—Desde que has comenzado a ayudarme. Algo así solo lo haría un buen amigo —halagó con voz melosa.

Durante unos largos segundos la línea se quedó en silencio.

—¡De acuerdo! —Concedió este por fin—. Yo te enseñaré a besar. Soy más experimentado que Gonzalo y no hay duda de que no tengo pareja.

—¡Perfecto! Gracias —aceptó Susana consciente de que el mejor modo de engañar a Marcos era vilipendiar un poco su ego—. Seguro que contigo es más agradable.

—¿Por qué lo dices?

—Que no se te suba a la cabeza, pero tú siempre me has parecido más guapo que el fiscal.

Capítulo 15

Susana estaba nerviosa y no era para menos. Miles de pensamientos se amontonaban en su mente, no obstante, el más insistente era si debía pintarse los labios o dejárselos al natural. Si se los pintaba no tenía ninguna duda de que serían más atractivos para Marcos, pero tal vez el maquillaje resultara molesto cuando comenzaran a besarse.

—¡Por Dios! —exclamó nerviosa—, ¿Estoy completamente loca? ¿De verdad voy a besar a Marcos? ¿Cómo me he metido en semejante lío?

Si se hubiera molestado en evaluar las consecuencias no habría terminado esperando al chico que le gustaba desde hacía años y al que había vetado siempre como posible objetivo romántico, para una sesión de besos, ¿qué tenía, quince años? ¿Dónde narices había perdido su maldito sentido común?

El timbre del portal la sacó de golpe de sus pensamientos e inmediatamente notó las manos húmedas de los nervios. Sin tener muy claro cómo reaccionar, en lugar de ir a abrir, se paseó nerviosa por el salón, pensando en las mil y una cosas que podrían salir mal.

Se decidió a descolgar el telefonillo cuando volvieron a llamar, esta vez con más impaciencia y, sin pensárselo mucho o molestarse en preguntar quién era, abrió el portal y la puerta de su piso y se quedó allí esperando a que Marcos subiera. El pulso se le aceleró alarmantemente cuando escuchó que se abría la puerta del ascensor y que alguien salía de él.

—Hola. —Saludó—. Estás muy guapa —le dijo él a modo de saludo.

Susana no respondió, se limitó a arquear una ceja, dudando de que hablara en serio, y se apartó del umbral para dejarle pasar.

Después de su comentario, se arrepintió de no haberse arreglado un poco más. Iba vestida con unos pantalones negros de yoga y una sudadera rosa chicle. Se había recogido el pelo en un moño en lo alto de la cabeza, por lo que era poco probable que realmente pensara que estaba guapa.

—¡Gracias! —aceptó por fin.

Él siguió hablando.

—Por cierto, ¿te dije el sábado que estabas preciosa? —preguntó atropelladamente.

Susana le observó con curiosidad.

—¿Estás nervioso? No pareces tú mismo.

Marcos no respondió, en cambio, inclinó la cabeza para rozar sus labios,

pero no la besó inmediatamente. En lugar de eso se quedó sobre su boca, como si estuviera retándola a que se moviera.

Susana estaba demasiado nerviosa para reaccionar, por lo que Marcos presionó con más insistencia haciendo que ella separara por completo sus labios, decidida a protestar por la tardanza. Marcos aprovechó el momento para deslizar su lengua entre los labios entreabiertos de ella. No pasaron más que un par de segundos hasta que Susana enredó la suya con la de él, con una reacción tan sensual que hizo que Marcos tuviera que afianzarse en el suelo para no tambalearse por el deseo. ¿Cuándo había sucedido que la jueza se había convertido en una mujer tan interesante? ¿En qué momento había dejado de ser la mujer fría y distante que él recordaba?

Se separó de ella consciente de que si seguía besándola iba a perder por completo el control.

—He pensado que lo mejor era quitarnos el primer beso de encima cuanto antes. Me preocupaba que te incomodase el tema.

Susana parpadeó sorprendida antes de responder.

—Sí, mejor. Gracias.

—¿Qué te ha parecido? ¿Has sentido algo?

—¿Perdón?

—Te lo pregunto porque es importante para las clases prácticas. La técnica es importante, pero también lo es el momento en que abordas a la persona. Te he sorprendido, lo que puede haber sido muy bueno o un completo desastre.

Susana no estaba muy segura de lo que él decía, pero decidió confiar.

—Ha sido bueno. Me ha gustado.

—¡Fantástico! —balbuceó Marcos—, ¿por qué no nos sentamos?

Necesitaba tomarse un respiro y lo mejor que podía hacer para no alertar a Susana era parecer tranquilo.

—Bueno, vayamos a lo importante. —Marcos rompió el silencio incómodo—. Como decía este beso ha sido de tanteo, te he pillado por sorpresa y con él he tratado de darte a entender que deseo conocerte mejor.

—¿De verdad has dicho todo eso con un beso?

Marcos sonrió con condescendencia.

—Por eso te dije que necesitabas práctica.

Susana asintió por primera vez convencida de que podía ser que tuviera razón.

—Igual que citas y que hombres hay muchas clases de besos. No los voy

a enumerar todos porque son demasiados, por lo que voy a centrarme en los que de verdad importan.

—De acuerdo.

—Los verdaderamente peligrosos. Los que te llevan sin desvíos a la cama.

Susana sintió cómo sus mejillas enrojecían, pero le mantuvo la mirada a Marcos, poco dispuesta a demostrarle lo aturdida que estaba.

—¿Vamos a probar esos también?

—¿Deberíamos?

Ella se encogió de hombros.

—Si esperas que sea capaz de reconocerlos deberíamos, ¿no?

—Tienes razón —Marcos la miró con más intensidad—, creo que es mejor que te acerques más —señaló el hueco vacío que quedaba entre ellos en el sofá.

Obediente ella se acercó, y antes de que pudiera hacer nada más notó las manos de él tirando de ella para sentarla sobre sus rodillas.

De repente se sintió acalorada. Solo la separaba de su piel la fina licra de las mallas y la suave tela de sus pantalones.

Sintió la caricia de la nariz de él sobre su cuello.

—Qué bien hueles —susurró sobre la delicada piel.

—¿Esto es parte del beso?

—Te estoy preparando para que lo aceptes sin reservas —musitó con los labios enterrados en su clavícula.

—Pues lo haces muy bien —alabó ella y Marcos soltó una risita entre divertida y nerviosa.

—¡Concéntrate! —la regañó.

Ella asintió, nerviosa porque él siguiera hablando y no la besara ya de una vez. ¿Acaso pretendía que le diera un ataque?

Volvió a abrir la boca para hablar, pero Marcos se la cubrió con la suya, al tiempo que rodeaba su cintura con los brazos y la aproximaba más a su cuerpo.

La pasión con que la besaba no tenía nada que ver con ninguno de los besos anteriores que habían compartido. La cabeza le daba tantas vueltas que estaba segura de que si él la alzaba en volandas y la llevada a su dormitorio ella no protestaría.

Seguían besándose con tanta intensidad que ni siquiera se dio cuenta de cuándo se habían movido para que estuviera completamente tendida en su sofá

con Marcos encima de ella.

Sintió el aire frío en la piel de su estómago y la caricia caliente de la mano de Marcos. Inconscientemente suspiró en su boca y como si hubiese sido una señal esperada él se separó de ella a toda prisa.

Lo vio levantarse y alejarse a la otra esquina del comedor, parecía tan confuso y aturdido como ella.

—Tenías razón —admitió Susana cuando logró serenarse un poco—, después de un beso como ese me hubiera ido contigo al dormitorio sin pensármelo.

El quejido que emitió fue una mezcla de protesta y frustración.

—No digas eso.

—¿Por qué? Es la verdad.

Marcos la miró con intensidad unos segundos.

—Puede que seamos amigos, pero sigo siendo un hombre.

Ella sonrió con tristeza.

—Lo sé, pero no soy tu tipo.

La tensión anterior que había embargado el cuerpo del abogado se esfumó con el comentario.

—¿Por qué sigues con el tema?

Susana se encogió de hombros.

—Porque es cierto.

—Eres imposible —dijo él y volvió a acercarse al sofá.

—Por cierto, te tengo una noticia: Gonzalo Lozano me ha pedido una cita.

—¿Cómo dices?

—Esta mañana ha venido a mi despacho y me ha invitado a tomar café y luego ha dejado caer que lo próximo tenía que ser una cena.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que me parecía bien. Ya te dije que somos amigos y que me parece atractivo.

—No puedes salir con él —zanjó Marcos.

—¿Por qué?

—Porque no estás preparada. ¿Por qué si no?

Capítulo 16

Lorena miró a Susana con completo asombro, abrió la boca varias veces y la cerró sin tener muy claro qué decir.

De hecho, estaba tan alucinada con lo que la rubia le había contado que ni siquiera había tocado su plato. ¡Con el hambre con la que había salido del bufete, media hora antes, para comer con su amiga!

—¿No vas a decir nada?

—Creo que no.

—¿Por qué? —insistió la jueza.

—Porque no sé qué decirte. Creo que es la primera vez que me dejas sin palabras.

—Pero si la idea fue tuya.

—¡Lo sé! Pero no esperaba que funcionara tan bien. Es evidente que entre vosotros siempre ha habido química, pero lo que me cuentas es la tabla periódica al completo.

—No ha pasado nada que implique mezclas de elementos. ¡Lo prometo!
—comentó Susana riendo.

—Tengo la sensación de que eso es cuestión de tiempo.

—¿Tú crees? Yo no estoy tan segura —confesó apenada.

Lorena no respondió, sino que clavó la mirada en los ojos verdes de su amiga y trató de adivinar lo que pasaba por su bien amueblada cabeza.

—¿Estás enamorada de Marcos? —preguntó por fin.

Susana pareció pensarlo unos segundos.

—Enamorada es una palabra muy fuerte. Digamos que me gusta bastante.

—¿Cómo de bastante? —tanteó Lorena.

—Lo suficiente como para plantearme saltarme alguna de mis reglas.

—¡*Wow!* En ese caso vas a tener que llamarlo por su nombre. ¡Estás coladita por él!

—Pareces Almudena. ¿Cuántos años tienes? ¿Coladita? ¿En serio?

Lorena rio.

—Estás cabreada porque te he pillado.

—Es posible. Y ahora, ¿qué debería hacer?

Su amiga se pensó la respuesta concienzudamente. Alzó un dedo para pedirle a Susana tiempo y entrecerró los ojos mientras repasaba mentalmente todas las posibilidades.

Cuando pudo reducirlas a tres se dispuso a exponerlas:

—Tal y como yo lo veo tienes tres opciones: la primera es que le digas abiertamente lo que sientes, la segunda que le pongas celoso: dile que has dado con alguien con quien quieres poner en práctica lo que has aprendido y con un poco de suerte será él quien mueva ficha. La tercera, y mi favorita, es que aproveches que te está ayudando para seducirle. Es Marcos, caerá rendido en cuanto te esmeres un poco.

—¿Que lo seduzca? No he seducido a nadie en mi vida.

—Pues ya eres mayorcita para hacerlo. Dile que ahora que ya dominas los besos y te preocupa un poco no estar a la altura con los preliminares...

—¡Estás loca! —la cortó Susana—. Cómo voy a decirle eso.

La idea de hablar con él de ese tema hizo que su rostro se cubriera de rubor.

—Era una buena idea, pero si no te gusta, piensa tú en una mejor —zanjó Lorena molesta porque hubiese desechado su propuesta con tanta pasión.

Lorena regresó al despacho, tras comer con Susana, y la primera persona con la que se encontró fue, precisamente Marcos.

Su colega iba hablando por el móvil, no obstante, se detuvo delante de ella para impedir que se marchara y trató de cortar la conversación.

—Andrea, ya te lo he dicho, no estoy interesado.

Se calló para escuchar la réplica de ella y volvió a la carga con el morro torcido, por lo que fuera que ella le había dicho.

—No te voy a permitir que hables mal de ella. Lo siento, pero no tengo tiempo para ti.

Lorena lo vio colgar y guardarse el teléfono en el bolsillo de la chaqueta con cara de pocos amigos.

—¿Estás en medio de una crisis romántica? —preguntó Lorena, aunque ya sabía por boca de Susana quién era la tal Andrea.

—Nada de romanticismo. —Trató de cambiar de tema—. ¿Por qué no me has esperado para comer? Te he buscado por todas partes hasta que me han dicho que habías salido.

—He comido con Susana.

Al escuchar el nombre de la jueza Marcos agudizó sus sentidos.

—Mejor me lo pones, ¿por qué no me lo has dicho y habríamos comido los tres juntos?

—Era una comida de solo chicas. —Anzuelo lanzado, pensó Lorena.

—¿Por qué?

—No te lo puedo decir. Es un asunto íntimo de Susana, que si ella considera oportuno te contará. Estoy segura.

¿Íntimo? Había dicho íntimo. ¿Hasta dónde sabía Lorena de su nuevo *status* con Susana? Si bien su expresión parecía ser pura inocencia, Marcos la conocía lo suficiente como para no tragárselo.

—¿De qué hablas?

—Marcos, no puedo.

—¿Es por Gonzalo?

Lorena supo que acababa de darle la excusa que buscaba en bandeja.

Con fingida expresión compungida asintió.

—No directamente, pero tiene algo que ver.

—¿Es por la maldita cita que tienen pendiente?

—Te lo contaré, porque sé que eres el único que puede ayudarla, pero aquí no. ¡Vamos a mi despacho!

Capítulo 17

Julia se rio con auténtica diversión y se acurrucó contra el pecho de Leo, satisfecha.

Habían apartado las mantas y se cubrían con una suave sábana, pero aun así, el calor que emanaban sus propios cuerpos les mantenía sudorosos y acalorados.

—Esto es una completa locura, parecemos adolescentes salidos —se quejó ella.

Leo se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Llevo pensando en estar así contigo desde que era un adolescente salido. Tengo que desquitarme por el pasado todo lo que pueda.

—¿De verdad?

Él asintió.

—Puede que yo también haya pensado unas cuantas veces en aquella época y unas cuantas más desde que nos reencontramos.

Leo la apretó con más fuerza contra él.

—¿Y en qué has pensado exactamente?

—En muchas de las cosas que hemos hecho y en otras tantas que deseo hacer.

A pesar de la emoción que habían suscitado sus palabras, Leo trató de hacerse el interesante.

—Es normal. Las mujeres no pueden resistirse a mis encantos —bromeó.

—Doy fe de ello.

—Ahora vas a tener que responsabilizarte de lo que ha pasado —dijo en un tono más serio.

—¿Responsabilizarme? —preguntó Julia, confundida.

—No puedes limitarte a usar mi cuerpo sin más.

—¿Por qué? Me gusta usar tu cuerpo —rio ella, contoneándose contra él.

Leo gruñó y carraspeó a la vez.

—Y a mi me gusta que lo hagas, pero ese es otro tema. Lo importante ahora es que te hagas responsable de lo que ha sucedido aquí esta noche.

Julia se apartó lo justo para incorporarse y mirarle de frente.

—Me responsabilizaré de ti, ¿qué quieres que haga? No me estarás pidiendo un anillo —bromeó ella esta vez.

—De momento me conformo con que conozcas a mi familia. Como mi novia. Por supuesto.

—¡Por supuesto! —aceptó ella y Leo la recompensó con un beso tan intenso que no volvieron a hablar durante mucho tiempo.

Capítulo 18

Susana se encontraba en la cafetería que había frente al juzgado tomando café, por tercer día consecutivo, con Gonzalo. El fiscal llevaba apareciendo por su oficina a la hora del almuerzo desde el martes y como no había vuelto a mencionar nada sobre la cena, ella no había encontrado ningún motivo para negarse a salir con él.

Tras darle muchas vueltas al tema había decidido que Lorena tenía razón y que lo único que podía hacer era ser sincera con Marcos y decirle lo que sentía. Después de todo, el abogado no era la clase de persona que se impactaría con la noticia. Le gustara o no, sabía que Marcos estaba acostumbrado a tener éxito con las mujeres, por lo que había cultivado cierto tacto para rechazarlas.

Como consecuencia a la decisión que había, tomado había decidido que salir con Gonzalo cuando le interesaba otro hombre era una actitud egoísta que el fiscal no se merecía y que, quisiera o no, podría acabar con la amistad que ambos compartían.

—¿Va todo bien? —preguntó Gonzalo mirándola con curiosidad—, pareces absorta en otras cosas.

—Lo siento. Me he despistado un segundo.

—No te preocupes, es la mejor señal para que cambie de conversación —comentó él sonriendo.

Susana se sintió mal porque, para ser sincera, no tenía la más remota idea de lo que fuera que estaban hablando, ya que hacía muchos segundos que había dejado de escuchar. De modo que le ofreció una sonrisa de circunstancias y esperó a que él sacara un nuevo tema.

—Sobre lo de la cena...

—Así que estabas aquí —interrumpió una voz.

Susana se dio la vuelta consciente de a quién pertenecía, y se topó con la mirada intensa de Marcos.

—Gonzalo —saludó sin pararse mucho en él—, he pasado por tu despacho y Carmen me ha dicho que habías salido con el fiscal —dijo dirigiéndose a Susana, que notó por instinto que algo estaba mal.

—¿Necesitas algo? —preguntó—, no recuerdo que hubiéramos quedado.

—¿Necesito cita previa para venir a ver a mi chica? —el comentario los pilló a los tres por sorpresa. Al pobre Gonzalo porque no tenía la más remota idea de que la relación entre ambos fuera tan íntima, a Susana porque se

suponía que su noviazgo era solo para oídos de Andrea, y para Marcos porque no había planeado soltar semejante bomba. Simplemente estaba molesto por los chismes que le había contado Carmen y había terminado estallado de ese modo.

Según la secretaria judicial, el fiscal estaba auténticamente interesado en la jueza hasta el punto de que pasaba a invitarla a tomar café todos los días, y su interés había sido tan directo que no había tenido pudor en preguntar por Susana a la propia Carmen, la más chismosa de todo el juzgado.

Y por si le quedaba alguna duda de que las palabras de Carmen eran sinceras, ahí tenía la prueba, justo delante de sus ojos.

—¿Tu chica? —preguntó Gonzalo paseando la mirada de uno al otro.

—¿No te lo ha dicho Susana? —inquirió Marcos, que no tenía ninguna intención de echarse atrás—. Creía que eráis buenos amigos.

No había duda de que acababa de lanzarle una pelota curva que la jueza no iba a poder esquivar.

—Lo somos. —Gonzalo parecía entender perfectamente lo que sucedía.

—No estaba segura de que lo nuestro fuera tan serio —comentó ella como si nada—, creía que no tenías madera de novio.

¡Chúpate esa! Se dijo Susana mentalmente.

Marcos no se ofendió o, al menos, fingió no hacerlo.

—Así es, pero contigo he hecho una excepción. Ya que tú no tienes madera de amante.

Dejaron del fulminarse con la mirada el uno al otro cuando escucharon el estridente sonido de la silla de Gonzalo al arrastrarla por el suelo para levantarse.

—Voy a retirarme. Había olvidado que tengo una cita dentro de cinco minutos. —Se giró para mirar a Susana directamente—. Te llamaré. —Solo dijo esas palabras, pero la aludida supo leer entre líneas «tenemos una conversación pendiente».

—Perfecto.

—Hasta la próxima, Marcos.

El abogado asintió con la cabeza sin apartar su interés de Susana, que seguía sentada y paseaba la mirada del uno al otro.

En cuanto Gonzalo estuvo lo bastante apartado de ellos, Marcos ocupó su lugar a la mesa.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Susana.

—Te dije que no estabas preparada para salir con nadie —se justificó él.

—Es posible, pero ahora seguro que no puedo salir con nadie. Acabas de decirle a Gonzalo que somos pareja. Dime que no has hecho lo mismo con Carmen —pidió horrorizada porque la secretaria estuviera al tanto de la farsa.

—Todavía no se lo he dicho.

—¿Todavía?

—No te quejes, acabo de convertirme en una mujer interesante para cualquier hombre. Ahora eres una mujer cotizada.

—¿Eres consciente de que no soporto a los machistas?

—No es machismo, es la verdad. Soy un tipo interesante y selectivo y te he elegido para ser mi novia, ahora todos se van a preguntar qué es lo que tienes para haberme cautivado hasta el punto de estar dispuesto a abandonar la soltería.

—Estás exagerando.

—No lo hago. Además... He escuchado que necesitas clases adicionales.

El estómago de Susana dio un vuelco y las manos comenzaron a sudarle con tanta intensidad que tuvo que pasarse las manos por encima de la falda que llevaba para secárselas.

—¿De qué hablas? —«Lorena, estás muerta. En cuanto te pille voy a acabar contigo», pensó.

—Creo que estás lista para pasar al último punto de las citas. ¡El sexo!

—¿Estás loco?

Marcos rio completamente calmado.

—Me refiero a los preliminares. No te preocupes, no pienso llegar tan lejos.

—¿Lorena?

Marcos se encogió de hombros con indiferencia.

—No voy a delatar a mis fuentes —y añadió—, mañana a las ocho pasaré a recogerte.

—¿Para qué?

—Vamos a tener una cita de verdad y vamos a solucionar la parte de ellas que tanto te preocupa.

Susana no pudo protestar porque antes de que le diera tiempo a reaccionar Marcos se levantó y se marchó como si no acabara de decirle que tenía toda la intención de hacerla estallar de deseo.

Capítulo 19

Julián se lo estaba pasando de maravilla escuchando la conversación entre su novia y su mejor amiga. Era evidente que Lorena había metido a Susana en un lío, pero esa actitud suya de tratar de arreglar el mundo era parte de su encanto y el motivo principal por el que ellos mismos habían terminado juntos.

Susana parecía estar a punto de un ataque de nervios lo que resultaba extraño ya que la jueza solía ser una persona práctica y calmada.

—Puede que ahora no lo pienses, pero estoy segura de que me lo vas a agradecer más adelante.

—¿Agradecértelo? ¡Estás loca!

—Piénsalo, si no le interesaras no habría hecho caso a lo que le dije.

—Definitivamente estás loca —zanjó Susana.

Era evidente que las dos estaban tan absortas en su conversación que ni siquiera habían reparado en que él estaba sentado en el sofá junto a ellas, y mucho menos en que había silenciado la televisión para no perderse detalle de lo que hablaban.

Pobre Susana, pensó Julián, estaba tan preocupada que nada de lo que le dijera Lorena iba a hacer mella en ella. Y eso que lo que decía su novia era la pura verdad. Marcos, decidió Julián, era un pillo de cuidado que se las sabía todas. Se estaba aprovechando de la situación para su propio beneficio. Era evidente que la jueza le interesaba, pero en lugar de ir de frente y decírselo, estaba empeñado en demostrárselo... físicamente.

Soltó una carcajada divertida, ganándose con ella la atención de las dos mujeres.

—No te rías —pidió Susana—, esto es muy serio.

—Desde luego, Julián, qué poco tacto —lo regañó Lorena.

A pesar de ser un policía acostumbrado a los delincuentes, un tipo experimentado en mil batallas, la reprimenda de las mujeres lo dejó mudo por unos segundos.

—No me río de vosotras.

—¿Entonces de qué te ríes? —inquirió Susana con un tono intimidante.

—No digas de la situación o te doy un capón —advirtió Lorena.

¡Mierda! Pensó Julián esa era exactamente la respuesta que tenía previsto dar.

La abogada supo que se había apuntado un tanto al ver la expresión del

policía, que trataba a toda costa de buscar una respuesta que satisficiera a las dos mujeres.

—Creo que las dos os habéis ido del punto importante.

Contra todo pronóstico sus palabras captaron la atención de ambas.

—¿Cuál es el punto importante?

Julián suspiró y se sentó derecho en el sofá.

—Que sea por lo que sea, amistad, pena o deseo, Susana va a tener la oportunidad de conquistar a Marcos, que si no me equivoco es lo que pretendéis que suceda.

—Yo sí que lo pretendo —afirmó Lorena.

—¿Y tú? —preguntó a Susana—. ¿Qué es lo que quieres hacer? Es evidente que te gusta del mismo modo que es evidente que le gustas a él. A pesar de lo que podáis pensar os aseguro que ningún hombre se toma tantas molestias por una mujer que no le gusta.

—¿De verdad lo crees? —insistió Susana.

Julián asintió con la cabeza, muy serio.

—¿Quieres un consejo?

—Por supuesto. Eres un hombre.

—Lo era la última vez que miré —bromeó este.

—Doy fe de que lo es —sentenció Lorena.

—Gracias, cariño.

—Dejaos de tonterías y ve al grano. ¡El consejo!

—Aprovéchate de la situación. Demuéstrale que tú eres lo que ha estado buscando siempre.

—¿Crees que ha estado buscando una relación estable?

Julián se encogió de hombros.

—¿Por qué sino ha salido con tantas mujeres?

Susana pensó en la respuesta. Tal vez Julián tenía razón y ni ella ni Lorena lo habían sabido ver antes.

—Si ese es el caso no soy su tipo.

—Ya estás otra vez con eso —protestó Lorena.

—Es la verdad, nunca sale con rubias.

El policía sonrió con picardía antes de responder.

—Entonces no te queda otra que convertirte en su excepción.

—Eres maravilloso —dijo Lorena apretándose contra Julián en el sofá.

Susana se acababa de marchar mucho más relajada y tranquila que cuando había llegado. Lo que había aligerado su propia culpa por haber intervenido.

—No tengo intención de discutírtelo, pero ¿por qué te das cuenta ahora?

Ella rio de buena gana.

—Ya me había dado cuenta, ahora he vuelto a confirmarlo. Eso es todo.

—¿Por Susana?

Ella asintió y alzó la cabeza para darle un beso en la mandíbula, la zona a la que llegaba sin levantarse.

—Me gusta Susana. Además, si Susana y Marcos comienzan a salir no tendré que preocuparme más por él y por ti.

Lorena abrió los ojos exageradamente.

—¿Por Marcos y por mí? ¿Estás loco? Solo somos amigos.

Julián torció los labios, dudando entre hablar más o mantenerse callado.

Optó por aclarar posturas.

—Sea como sea, no me gusta que haya hombres elegibles cerca de ti.

Ella sonrió encantada con su respuesta.

—¿Estás celoso?

—Es posible.

—Sabes que no tienes motivos.

—Es posible.

Lorena iba a protestar, pero la boca de Julián la silenció con un beso tan intenso y pasional que se olvidó de lo que fuera que tenía intención de decirle.

Capítulo 20

Susana había decidido seguir el consejo de Julián, por lo que esa tarde, tras salir de casa de sus amigos, había cogido el coche y se había plantado en Las Hijas de Venus dispuesta a encontrar el vestido más sexy y sugerente que Sonsoles tuviera en su tienda.

La mujer se mostró encantada cuando la vio aparecer por allí sola y con las ideas tan claras. De hecho, a diferencia de la primera vez que visitó la tienda el primer vestido que le mostró Sonsoles fue el elegido.

—Lo había estado reservando para ti —le dijo esta—. El color rojo te queda de maravilla y el único complemento que necesitas son el bolso y los zapatos que te llevaste la última vez, y esos labios rojos que tan bien te quedan.

—¿No va a ser mucho rojo?

Ella le guiñó el ojo con picardía.

—Cariño, es el color de la pasión. Si el vestido no funciona búscate a otro hombre que lo aprecie.

Susana rio y miró el vestido. Era un carmín intenso, con dos cremalleras negras que se abrían a la altura de las clavículas y en el lateral de la falda. Por lo demás era de manga larga, con un escote más bien formal y largo por la rodilla. El encanto residía además de en el color, en lo ceñido que era, dado que resaltaba la figura perfectamente proporcionada de Susana.

—Si quieres un consejo de profesional opta por delinearte los ojos en negro, sin sombras llamativas ni nada excesivo y dales importancia a tus labios. No va a poder resistirse.

—Eso no es exactamente lo que busco esta noche. Preferiría que en lugar de desearme me quisiera.

Sonsoles sonrió con ternura.

—Bonita, eso ya lo hace. Si no fuera el caso, ¿por qué se habría tomado tantas molestias contigo?

—Somos amigos.

—Aun así. La amistad tiene ciertos límites. Además, he visto cómo te mira y no es la mirada de un amigo.

—Pero...

—Susana, yo puedo querer mucho a mis amigos, pero te aseguro que no como para darles clases de besos...

La jueza se tapó la cara avergonzada.

—¿Por qué te lo he contado? —se lamentó.

—Porque tengo una cara que da confianza —rio Sonsoles—, soy como los camareros de los bares, solo que aquí en mi tienda las que me cuentan sus males son las señoras —dijo y siguió riendo mientras metía el vestido en una bolsa para que Susana se lo llevara.

Capítulo 21

Marcos había carraspeado al verla con tanta fuerza que Susana se había preocupado sinceramente de que se hubiera lastimado la garganta. Estaba a punto de preguntarle cuando recordó el modo en que su propio hermano carraspeaba cuando estaba nervioso.

¿Sería ese el caso de Marcos?

El intento de iniciar una conversación de este la sacó de sus pensamientos.

—Estás... Impresionante.

—Gracias.

En un aire aturdido que no le pegaba nada al Marcos que ella conocía, le abrió la puerta del copiloto y esperó hasta que ella entró en el coche para cerrarla. Susana le vio bordear el automóvil para sentarse al volante.

Arrancó el motor sin mirarla y alargó la mano para poner música.

En la radio sonaba *Perfect* de Ed Sheeran.

—¿Tienes hambre? El sitio al que vamos ofrece espectáculos durante el aperitivo, antes de cenar, pero si tienes hambre ahora podemos ir a otra parte.

—Está bien. Al que hayas elegido.

Susana recordó lo que él le había dicho sobre los locales originales y lo que los hombres pensaban de ellos.

No volvieron a hablar hasta que Marcos aparcó al otro lado de la calle del local en el que iban a cenar.

El restaurante que había elegido esa noche Marcos estaba situado en el casco antiguo de la ciudad, y ya desde fuera llamaba la atención porque tenía más aspecto de iglesia que de restaurante. No obstante, una vez dentro el aspecto religioso daba paso al pagano, con la iluminación entre oscura y vibrante y un ambiente completamente diferente a la fachada.

Los camareros vestían de negro y rojo, ellas con unas faldas abullonadas que recordaban a las del famoso canacán, ellos con pantalones negros, camisa blanca y pajarita.

Uno de ellos los llevó hasta una mesa para dos en un extremo de la sala. Las mesas que quedaban más al centro eran para grupos más grandes.

—¿Qué tipo de espectáculo hacen? —preguntó Susana tratando de iniciar una conversación para así evitar pensar en lo que iba a suceder esa noche.

—¿No lo has adivinado? Es una especie de *Moulin Rouge* sin salir de

España.

No pudieron hablar más porque la música comenzó a sonar y las propias camareras que se paseaban entre las mesas comenzaron a agitar sus faldas, dejando al descubierto lo que llevaban debajo.

Durante los veinte minutos que duró el espectáculo, Susana se olvidó por un momento de sus temores y disfrutó de la deliciosa bebida dulce y fresquita que les sirvieron y de los bailes y la música que inundó el salón.

Tras el espectáculo, los camareros volvieron a circular por las mesas cargados con bandejas y diversos platos.

—Es un menú cerrado —explicó Marcos—. Espero que te guste algo de lo que sirvan.

—Aunque no me guste —concedió Susana—, haber venido merece la pena. ¿Cómo es que conoces sitios tan geniales como estos? —preguntó y en cuanto se dio cuenta de lo que había dicho se arrepintió por ser tan impulsiva.

Recordaba perfectamente lo que él le había dicho sobre los hombres que llevaban a sus citas a este tipo de locales, que eran historias de una noche y que no buscaban nada más que eso.

Él sonrió antes de responder.

—No es por lo que estás pensando —se excusó—, los conozco porque cuando entré al bufete me encargué de tramitar los permisos de casi todos estos locales.

—Seguro que sí.

Marcos rio, pero no insistió ni trató de convencerla.

La noche siguió relativamente tranquila hasta que terminaron con los postres y Marcos atacó sin dudarle:

—Creo que ha llegado el momento de entrar en materia —lo dijo como una broma, pero el corazón de Susana se aceleró tanto que estaba segura de que iba a cavar su propio agujero en su pecho para salir disparado de allí.

Capítulo 22

—Marcos, ¿estás seguro de que es buena idea? —preguntó Susana de repente.

—Me gustas mucho —se interrumpió a sí mismo—, no, te quiero y te deseo. ¿Cuál es el problema?

—¿Qué has dicho?

Marcos suspiró cansado.

—¿De verdad crees que me habría tomado tantas molestias si no te quisiera?

—Pero tú...

—Hacía tiempo que había dejado de verte como una amiga, incluso había planeado invitarte a cenar, pero entonces dijiste que necesitabas ayuda y que no me considerabas tu amigo, de modo que decidí que lo mejor era demostrarte lo mucho que me gustabas, pero las cosas no fueron exactamente como esperaba...

—¿Me quieres?

Él asintió.

—Yo a ti también.

La expresión de Marcos cambió a una más cálida.

—Lo sé. Es posible que Lorena lo dejara caer...

—¿De verdad? Voy a matarla.

Él asintió.

—No lo hagas. Le debemos mucho.

Susana decidió que era posible que tuviera razón y dejó el tema, interesada en otro tipo de cosas.

—¿Y qué piensas hacer con el hecho de que te quiero? —preguntó traviesa.

De pronto, Marcos se inclinó sobre ella y, con una mirada ardiente, la besó. Susana seguía aturdida por lo que acababa de suceder, pero correspondió a su beso, entreabriendo los labios para permitir la urgente insistencia de su lengua.

Él la estrechó con fuerza entre sus brazos, como si tratara de fundir sus cuerpos en uno solo. El beso se prolongó, borrando todo lo que había sucedido unos instantes antes.

Susana respiraba el aliento de Marcos, absorta en los acelerados latidos de su corazón. Cuando él, con su peso la obligó a echarse hacia atrás, de modo

que se quedó tumbada sobre el sofá, ella no pensó en resistirse. Alzó las manos para abrazarlo... para ofrecerse a él sin preocuparse por lo que fuera que viniera después. Por un momento, Marcos se irguió, con la respiración agitada, y la miró a los ojos.

—¿Estás segura? —preguntó con voz ronca.

Ella se limitó a asentir y Marcos no tardó en quitarle el vestido que llevaba toda la noche volviéndole loco. En cuanto este acabó en el suelo le acarició los senos desnudos, alzándolos para que sus labios pudieran explorarlos mejor.

—Señora jueza el envoltorio era bonito, pero lo que escondía es mejor. Mucho mejor.

Susana sintió que sus pezones se endurecían ante sus palabras y un escalofrío de placer la invadió cuando marcos los saboreó, arrancándole un gemido de placer.

—¿Te gusta? —rio sobre su piel.

—¿Tienes que preguntarlo? —gimió ella.

—Eres imposible —dijo él, con un tono de auténtico orgullo.

—Eso me han dicho.

Ella le acunó la cara entre las manos y después lo sujetó de los hombros, arqueando el cuerpo mientras él la acariciaba en una lenta exploración, delineando el valle entre sus senos, su vientre, sus caderas. Por dondequiera que sus manos se movían, su boca las seguía saboreándola.

Susana se movía inquieta y de su garganta escapaban leves gemidos de impotencia mientras trazaba sus propias sendas de caricias, deslizando las manos a lo largo de su cuerpo musculoso.

Estaba tan absorta en las sensaciones que apenas se dio cuenta de que Marcos le había quitado la braguita, que era lo único que hasta ese instante la cubría. Fue la dulce caricia la que la hizo plenamente consciente de que estaban llevando los preliminares más allá.

Se quejó al sentir el frío que la separación dejaba en su piel cuando él se incorporó para desnudarse y hurgar en los bolsillos de su pantalón sacando un sobrecito plateado. Un instante después notó su dureza entre sus muslos, buscándola.

Por un momento, sus tensos músculos internos se resistieron a la penetración y dejó escapar un leve quejido de impaciencia. Marcos volvió a apoderarse de su boca, ahogando el gemido.

Una vez en su interior, sin prisa, empezó a moverse con suavidad,

incitándola a unirse a él.

El placer empezó a extenderse lentamente en el interior de Susana, incitándola a una respuesta más profunda. Se aferró a él clavándole los dedos en los hombros sudorosos y enredando las piernas alrededor de su cintura, dejando que su cuerpo se moviera a su ritmo.

Susana sintió que se estremecía hasta lo más profundo de su ser, con un temblor tan dulce como ardiente. Podía oír sus gemidos, su propia voz ronca como si fuera la de una desconocida.

Entonces, cuando pensó que ya no podría soportarlo más, la espiral se rompió y ella quedó libre, con el cuerpo convulsionado por el clímax más poderoso que había experimentado en su vida.

Mientras trataba de respirar y de recobrar el aliento, escuchó que el ritmo de la respiración de Marcos cambiaba a uno más apresurado. Le vio inclinar de pronto la cabeza hacia atrás, e, inmediatamente después sintió, la ardiente realidad de su propio clímax.

—Ya hemos cubierto todos los campos de una relación, nos hemos declarado, hemos tenido sexo... ahora nos toca hablar del último: el matrimonio.

—¿Cómo dices?

—Matrimonio, boda, enlace, casamiento... Llámalo como quieras.

—Pero si ni siquiera hemos comenzado a salir —protestó Susana, abrumada por sus palabras. Hasta hacia tan solo media hora no conocía los sentimientos de Marcos por ella y ahora pretendía acelerar sin frenos.

—¿Cómo que no? Esta es, por lo menos, nuestra décima cita.

—¡Estás loco!

—Estoy loco por ti! Eso es cierto.

—¡Marcos! —dijo Susana riendo—, no me esperaba que cayeras en un tópico tan manido.

Él se encogió de hombros.

—Es el efecto que las rubias tienen en mí —dijo con mucha seriedad—, ¿por qué te crees que las he evitado toda mi vida?

—Ya veo.

—No, no lo ves bien, acércate y deja que te lo muestre.

Susana no tuvo tiempo de moverse por sí misma, antes de hacer si quiera el gesto, Marcos se había abalanzado sobre ella y estaba cubriendo su boca

con el único fin de demostrarle cuán loco lo había vuelto.

Epílogo.

Almudena estaba nerviosa y una pizca expectante también. Ese domingo iba a conocer tanto a la novia de su padre como al novio de su tía y, aunque estaba muy contenta porque las dos personas a las que más quería hubieran encontrado por fin el amor, por otro lado, estaba aterrorizada de que resultaran ser dos personas que no le gustaran. ¿Qué iba a hacer si la novia de su padre era tan cruel como las madrastras de los cuentos? Y si el novio de su tía era feo, ¿tendría que decirle lo guapísimo que le parecía mintiéndole como una bellaca?

De hecho, estaba segura de que era poco atractivo. Después de todo era sospechoso que se hubiera negado a enseñarle su foto cuando se lo había pedido alegando que no tenía ninguna.

¿En serio? Puede que su tía fuera un poco anticuada y que no supiera sacarle partido al móvil que llevaba, pero ¿quién no tenía una fotografía de su novio como fondo de pantalla en esos días?

Su padre, al menos, sí que le había mostrado fotos de Julia, y en el caso de la mujer lo único preocupante era que a pesar de su cara de buena persona terminara siendo una bruja. No obstante, si era cierto que el rostro era el espejo del alma no tenía que preocuparse excesivamente; aun así, lo inteligente era ser prudente.

—Almu, te he dicho que pongas los platos de Navidad —dijo su padre detrás de ella, sacándola de golpe de sus elucubraciones.

—¿Los de Navidad? Pero si están en el armario de arriba del todo.

Leo la miró sin comprender.

—Es una paliza bajarlos y volverlos a subir.

—De acuerdo, yo lo haré.

—¿De verdad?

Su padre asintió muy serio.

—Yo pondré la mesa y tú haces la comida. Es un trato justo, ya que bajar la vajilla da tanto trabajo.

—Papiiiiiiii —se quejó, consciente de que su padre la tenía pillada.

—¿Quieres que cambiemos?

Almudena no respondió. Soltó un bufido propio de un gato enfurruñado y salió disparada a la cocina, donde cogió una silla, que plantó lo más cerca posible del armario maldito y se subió a ella para bajar la dichosa vajilla de las fiestas.

Esperaba que Marcos y Julia merecieran tanto esfuerzo.

Almudena había decidido que Julia podía ser la bruja de cualquier cuento de hadas, le daba igual. En esos instantes toda su atención estaba dedicada a Marcos. Era uno de los hombres más guapos que había visto en su vida, comparable a cualquier *idol* de k pop de los que seguía e incluso mejor que cualquier estrella de Hollywood, y, además, de su aspecto estaba su simpatía. No había duda de que a su tía le había tocado la lotería.

Cuando se lo dijera a Vanesa iba a alucinar. No podía dejar que Marcos se escapara sin hacerse una foto con ella, necesitaba una prueba visual de que lo que decía era cierto. Ni siquiera el novio de Lorena, la mejor amiga de su tía era tan guapo como Marcos, y mira que el chico era un bombón.

—Marcos, ¿si te casas con mi tía serás oficialmente mi tío? —preguntó de sopetón.

Susana se atragantó con el vino que estaba bebiendo.

El aludido sonrió encantado por la inesperada cómplice que acababa de encontrar.

—Ya soy tu tío, pero sí, cuando me case con tu tía, seré tu tío oficialmente.

—¿Cuándo te cases con ella?

Marcos asintió con picardía.

—Es solo cuestión de tiempo que la convenza.

Almudena le devolvió la sonrisa, encantada.

—No creo que te cueste mucho convencerla.

—¡Almudena! —protestó Susana—. No seas indiscreta.

—Sobrina, eres mi heroína —halagó Marcos riéndose y levantándose para darle un sonoro beso en la mejilla.

Sobre la autora

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, Un amor inesperado (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la biología juvenil Lazos Inmortales (Kiwi). En este mismo género acaba de publicar Cómo sobrevivir al amor (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de Quédate esta noche (Kiwi), Íntimos Enemigos (Versátil), Una cita Pendiente (Versátil), Una noche bajo el cielo (Kiwi), Jimena no deshoja margaritas (Versátil), Solo un deseo (Zafiro. Planeta), Di que sí, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, He soñado contigo (Versátil), Romance a la carta (Versátil) Un beso arriesgado (HQÑ) e Igual te echo de menos que de más (Amazon), Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor (Amazon), Deletréame Te Quiero (HQÑ), Contigo lo quiero todo (HQÑ), Duelo de voluntades (HQÑ), El corazón de una dama (HQÑ), La serie Nobles (Amazon) y Te dije que no la tocaras más (Amazon).

[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora

Que la vida no dé tantas vueltas que me mareo.

La vida de Lorena es una montaña rusa de emociones que nada tienen que ver con su trabajo como abogada en un conocido bufete, sino con esa tendencia suya a hacer las cosas sin pensar.

Por ese motivo, los desastres se le pegan como el metal al imán: atraídos sin remedio. El último al que se ha visto arrastrada le ha llevado hasta un policía sexy empeñado en ser su novio.

¿Podrá Lorena resistirse o, como el imán, estará destinada a pegarse a él para siempre?



Te dije que no la tocaras más.

La vida de Darcy Lauren da un giro de ciento ochenta grados el día que toma la decisión de divorciarse. A pesar de tener las cosas claras y de la rapidez con la que retoma su vida, su capacidad para crear historias de amor se ve mermada por ese desengaño que le ha roto el corazón.

Buscando reencontrarse con las musas, se esconde en el pequeño pueblo de Irlanda de donde procede su familia y se topa con que las traviesas divinidades, en un intento por restituir su inspiración, le han enviado a la única persona que puede devolvérsela.



Igual te echo de menos que de más Cuando Olimpia se da de bruces con su pasado, presiente que sus problemas no han hecho más que empezar. Allí estaba él, mirándola fijamente con sus ojos negros, sin previo aviso y más atractivo todavía de lo que recordaba. Y Olimpia que creía que lo había superado...

Como ella es una optometrista de lo más profesional, está dispuesta a probarse todas y cada una de las lentes correctoras que ha ido acumulando a lo largo de los años: las de los “sueños rotos”, las de la “venganza”, las de la “solitaria estabilidad” y las de “la ilusión”. Pero no se decide a probar esas que llevan por marca “Dale Otra Oportunidad”.

Menos mal que en esta montaña rusa que es la vida estará acompañada por sus estupendos jefes, Gerardo y Arturo, parientes de “su pasado”, su inseparable amiga Lola, quien sufre el ataque de las malditas hormonas, y su hermano Nico, un Dj enemigo de la pena que está deseando poner ritmo a la banda sonora de su futuro.



Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor

Gabrielle sabe que los zapatos sientan bien a todas las mujeres, tengan la talla que tengan. Que calzada con unos *stiletto*s cualquier chica puede sentirse capaz de comerse el mundo y, que las zapatillas adecuadas tienen el mismo efecto que un tacón de diez centímetros. Por ello ha escogido diseñar zapatos como medio de vida y, gracias a esa pasión que siente por lo que hace, su sello se ha convertido en la marca recurrente de millones de mujeres en todo el mundo.

Ahora está decidida a conquistar a la otra mitad de la población: los hombres. Y para ello necesita al modelo perfecto que encarne esa filosofía de vida que impregna sus diseños.

El problema es que se niega a mezclar el trabajo con el placer y, su nuevo modelo, está hecho para ser la horma perfecta de su zapato.



[1] Nombre del personaje que interpreta Tom Cruise en La tapadera.

[2] Sé que, contigo

Esta noche

Podría ser increíble

(Ser increíble)

Tengo miedo, a la muerte

Todavía me quedé

Aquí esperando. (Aquí esperando. Aquí esperando).

[3] Porque cuando brille el sol, brillaremos juntos,

te dije que estaría siempre aquí,

dije que siempre sería una amiga.

Hice un juramento y lo mantendré hasta el final,

ahora que llueve más que nunca,

sabes que todavía nos tenemos el uno al otro,

puedes permanecer bajo mi paraguas,

puedes permanecer bajo mi paraguas.

Bajo mi paraguas

Bajo mi paraguas

Bajo mi paraguas.

Table of Contents

[Prólogo.](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo.](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras obras de la autora](#)